
SS
SERVICIO SECRETO
BB
GANGSTERS DE BROADWAY
joe mogar

GANGSTERS DE BROADWAY

JOE MOGAR

1.ª EDICIÓN
JULIO — 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES — BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LAGAL B 15043 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 3377/61

GANGSTERS de Broadway

por JOE MOGAR



CAPÍTULO PRIMERO

Todo era extraordinario.

Incluso ella.

Esto fue lo que pensé al verla, aún sin saber por qué estaba allí, y cuál iba a ser su petición.

Desde luego, no me cabía en la cabeza que una mujer como Doris Presle hubiera ido a verme, y a mi propio apartamento.

Doris es un monumento de mujer. La he visto tanto en traje de noche como en «bikini».

Doris es única. Y estaba allí, en mi propio apartamento, en el *living,* tendida a todo lo largo sobre el sofá.

Avancé desde la puerta hacia ella, sin demostrar sorpresa, aunque la sentía en grado superlativo.

Doris es una de las más famosas cantantes y bailarinas de Broadway y de la televisión neoyorquina. No he intimado, con ella, aunque la conozco. Es un producto de los bajos fondos del Bronx, aunque tiene clase, como lo ha demostrado.

En mi calidad de periodista, la he tratado sólo un par de veces. Una cuando empezaba a subir. Otra cuando estrenó una revista, y ahora. En mi propio apartamento, y sin que pudiera adivinar ni remotamente cómo había llegado hasta allí, y qué quería de mí.

Alta, bien formada. Más que bien; maravillosamente formada, con todo lo que una mujer como ella necesita.

Trigueña, con el pelo largo casi cubriéndole los hombros y parte de la espalda. Su cintura, estoy seguro de poder abarcarla con mis grandes manos, cosa que me agradaría probar.

Sus ojos, intensamente verdes, grandes y almendrados, estaban fijos en los míos desde que atravesé la puerta. Me sonrió. Después se puso en pie sin prestar atención a lo que hacía su falda.

Me detuve en el centro del *living,* y ella avanzó hacia mi tendiéndome la mano. Se la estreché sin calor alguno y esperé a que

el monumento se dignara hablarme.

Mientras tanto dejé resbalar mi mirada por su extraordinaria figura, desde su blanca garganta hasta los diminutos pies calzados con zapatos de ocho pulgadas de tacón.

Me gustaba. Mucho. Lástima que estuviera tan alta para mí, un simple periodista de sucesos.

Me lo pregunté, pero ella no me dio tiempo a responderme a mí mismo.

—Perdone por la invasión de su apartamento, míster Finney —empezó—. Pero deseo hablar con usted, y en ningún sitio mejor que éste.

La miré a los ojos y me aguantó la mirada sin un parpadeo, aunque creí advertir algo de agitación en ella.

—¿Cómo ha entrado aquí?

Ella rió quedamente. Luego se sentó.

—Deme algo de beber y se lo diré —pidió con una sonrisa que me produjo vértigo.

No contesté. ¿Para qué?

Por lo tanto di media vuelta. En el mueble bar preparé un *whisky*, y luego fui al frigorífico para tomar unos cuantos cubitos de hielo. Se lo serví con una sonrisa que en nada me comprometía.

Sin saber por qué, aquella visita, lejos de agradarme, como era natural, me escamaba. Una mujer que ganaba los dólares a montones, sin necesidad de que nadie pagara a su peletero, su apartamento o la manicura, era alguien.

Demasiado para venir a verme a mi propia casa.

Mis pensamientos, nada agradables por cierto, los interrumpió ella con sus palabras, después de apurar de un solo trago, casi todo el contenido del vaso:

—Le pedí la llave a la portera, míster Finney.

—No debió dársela.

Rió alegremente mostrando su blanca dentadura.

Confieso formalmente que en aquel momento deseé besarla, aunque se enfadara.

—No. No debí hacerlo —replicó—. Pero le dije que era su prometida.

Respingué sobre el sillón en que me había sentado y ella rió más alegremente aún.

Con una mueca burlona en sus rojos labios preguntó:

—¿Es que le desagrada esa perspectiva?

—Confieso que no me desagradaría, si fuera verdad.

Rió de nuevo.

—Bien —dijo después—, comprendo que se estará preguntando por qué he venido a verle, y qué quiero de usted, ¿no?

La miré largamente.

—Sí. Confieso que sí. Por asuntos de publicidad no será, ¿verdad?

Rió. Pero casi al instante su rostro tomó una expresión seria, casi adusta. Comprendí que al fin me iba a enterar de lo que quería.

—¿Ha oído hablar del caso Sharon? —preguntó.

Lo recordaba aunque vagamente.

—Sí —dije—. Creo que sí. ¿No le van a enviar a la tostadera?

Ella bajó los ojos al suelo.

—Sí, es cierto —admitió—, a Don Sharon le van a enviar a la silla por un crimen que no ha cometido. No, míster Finney. Él no lo hizo. No sería propio de Don.

La dejé hablar sin interrumpirla. Pensé dejarla que terminara la historia, sin hacer por mi parte pregunta alguna; pero no fue así, ya que ella calló mirándome a los ojos, esperando.

—¿Cómo lo sabe, *miss* Presle?

—Don Sharon es mi prometido. Íbamos a casarnos la primavera próxima.

Respingué de nuevo, pero ahora ella no se dio cuenta.

—Y claro —repliqué en tono mordaz—, usted tiene —confianza absoluta en él, ¿no?

Me miró con gesto suspicaz.

—Desde luego que sí, míster Finney —replicó—. Por eso sé que no lo hizo. Don me lo dijo, y sé que no me mentiría, sé que no me mintió.

Recapacité unos minutos. Pensando.

Pensando en que aquello era algo bastante extraordinario. ¿Por qué no iba ella con el cuento a la policía? ¿Por qué no contrataba a un detective privado?

—De acuerdo —repliqué—. Quiere decirme entonces, si él no lo cometió, ¿por qué la policía le tiene en su poder? ¿Por qué está esperando, según usted, la silla?

Arqueó una ceja.

—Creí que había oído hablar de ello.

—Sólo por encima. Confieso que únicamente leí los epígrafes, pero no el centro —sonreí, creo que como un estúpido, y luego agregué—: No me gustan las letras de molde en tipos inverosímilmente pequeños, *miss* Presle. ¿Por qué no me lo cuenta usted y acabamos antes?

—Bueno, empezaré por el principio —dijo con los ojos verdes clavados en los míos, y cabalgando una pierna sobre la otra—. Don era empleado, o, mejor dicho, era uno de los *croupiers* del «Ancla de Oro», en el número 3444 de la Quinta Avenida. Como cosa lógica tenía amistad con todas las mujeres que desfilaban por allí, así como con las que actuaban en el club. Salía con unas y con otras. Formaba parte de su trabajo, y yo no lo tomaba a mal. Repentinamente, Ricori Talbot apareció muerto, asesinado en su propio apartamento. Las huellas del arma homicida, que se encontró junto al cadáver, eran las de mi prometido. El arma también. Los del Departamento de Homicidios empezaron a hacer averiguaciones. La Prensa habló poco, pero mi prometido fue acusado de asesinato en primer grado y conducido a prisión. Se le juzgó, y ha sido condenado a muerte. La sentencia se cumplirá dentro de cuatro días. A las seis de la mañana. Fue… según dijeron, porque mi novio discutió con él, días atrás. Ricori Talbot le acusó de haber dejado ganar a un cliente una respetable suma de dólares. Eso es todo cuanto puedo decirle sobre el asunto.

Pensé.

Conocía de oídas a Ricori Talbot. Sabía quién era y a qué se dedicaba. Desde los narcóticos, a comerciar con todo lo sucio habido y por haber. Desde subir a una mujer a inconmensurable altura, e incluso ponerle un apartamento para luego explotarla vilmente, hasta acabar con ella. Eso se llama trata de blancas. Algo muy sucio, pero, desgraciadamente, una realidad.

Mis simpatías estaban por el asesino. Claro que la Ley no podía opinar lo mismo, o si lo opinaba, tenía que callárselo.

Tipos como Ricori Talbot, Al Benson, Mike Curtis y otros, merecían, no una, sino mil veces la muerte.

No me gustaba el caso, aparte de que aquello no era de mi incumbencia. Ricori había muerto, y por mi parte, bien muerto

estaba. Ricori tenía amigos, y también enemigos. Tal vez lo liquidó Don Sharon a pesar de sus afirmaciones en contra.

Tal vez fue otro. Uno de sus enemigos. Tal vez una desgraciada de las muchas que había hundido.

Fuera quien fuese su asesino, para mí estaba bien muerto. O tal vez no. En la celda de la muerte de Sing-Sing, había un hombre, que según palabras de su prometida, un hermoso y explosivo bombón, dicho sea de paso, era inocente.

No supe qué pensar, pero sí hice una pregunta:

—¿Está segura de habérmelo dicho todo, *miss* Presle?

—¿Qué insinúa?

Su pregunta era suspicaz en extremo. No me alteré por ello, ni por la mirada inquisitiva de sus ojos verdes, que yo deseaba besar desde hacía tiempo, desde que no era nadie en Broadway.

Desde que corría de esquina en esquina buscando unos pocos dólares para atender a sus más perentorias necesidades.

—Nada —repliqué—. Simplemente que pudo dejarse algo atrás, impensadamente, por supuesto.

Me puse en pie llevándome el vaso a los labios.

Sabía que era una incorrección, pero no deseaba hacerme cargo de aquello. Claro que podía levantar un montón de basura. Claro que para mí podía ser un caso extraordinario. Algo en lo que sueña cada periodista. Algo que me elevara directamente a la cumbre del periodismo. Pero mi piel valía algo. Al menos eso pensaba yo.

Y al pensar así, no recordaba para nada al hombre que iba a morir en Sing-Sing, cuatro días más tarde.

Doris se levantó teniendo ahora buen cuidado con su falda. Me miró a los ojos, largamente, con una extraña expresión en los suyos, que, de momento, no supe a qué atribuir.

CAPÍTULO II

—¿No piensa hacerse cargo de esto?

Ésta fue su primera pregunta, a la que contesté con otra:

—¿Por qué no contrata a un detective particular, mis Presle? Los hay a cientos en Nueva York.

Denegó con la cabeza, mientras sus ojos brillaban como un felino.

Como ella misma. Porque Doris tenía mucho de felino. Mucho de gata o de pantera, por no decir de tigre de Bengala.

—No deseo que intervenga ninguno de esos sucios pesquisas —replicó después—. Sólo deseaba que lo hiciera usted. Usted es listo. Ha demostrado infinidad de veces que le puede dar ciento y raya a los del Departamento de Homicidios. Además, si logra probar que mi prometido no lo hizo, el reportaje en exclusiva para su periódico le dará una fama que hasta ahora no ha conseguido. Fama y cincuenta mil dólares.

Creí no haber oído bien. Mi cara debió reflejar lo que pensaba en aquel momento, ya que ella repitió en un susurro:

—Cincuenta mil dólares, que le daré cuando termine el trabajo, tanto si Don es culpable como si no. Cincuenta mil. Veinticinco mil ahora, y el resto al terminar…

Merecía la pena.

Las cincuenta sábanas me venían de perilla.

—¿Acepta?

La pregunta no me sorprendió. La esperaba.

Me acerqué a ella que no retrocedió. Y seguí avanzando a pesar de ver en sus ojos tenues chispazos de burla.

Retrocedió para ir a sentarse sobre el sofá, en la misma postura que estaba antes. Me miró sonriendo.

—Antes… antes creo que querrá hacerme algunas preguntas.

—Sí, desde luego. Y ahí va la primera: ¿Qué amistades

femeninas tenía su prometido, *miss* Presle?

—¡Oh! Muchas. ¿Por qué?

—Ricori Talbot tenía una chica que era un bombón. Marta Sullivan creo que se llamaba. ¿Sabe si salió algún día con él?

Quedó pensativa unos segundos.

—No, no lo sé. Pero sí puedo darle algunas direcciones —me miró en silencio durante unos cuantos segundos, y al fin preguntó—: ¿Sospecha de alguna mujer?

—No lo sé con seguridad. Ahora, ¿quiere darme esas direcciones?

Me las dio y me apresuré a anotarlas en mi agenda. Luego pregunté:

—¿Qué sabe de Al Benson, Mike Curtis y…?

Me atajó con un gesto.

—Del segundo puedo decirle, que Don me dijo en una ocasión, que las cosas no andaban bien entre éste y Talbot.

Me interesó la noticia.

—¿Sabe por qué? ¿Acaso cuestión de faldas?

—Don dijo que a Curtis le gustaba en extremo la Sullivan.

—¿Algo entre ellos a espaldas de Talbot?

—No que yo sepa. Don no me dijo nada al respecto.

—Bien, ahora voy a hacerle una pregunta, pero en diferente forma que se la hice antes. Se trata de Don, su prometido; ¿alguna mujer en particular, aparte de usted misma?

—¿Qué quiere decir?

—No se sulfure, ricura, que los ojos le brillan como los de un gato. Conozco el ambiente de Broadway, y las mujeres que desfilan por él. Se lo que son los *croupiers* de esos casinos, de eso clubs nocturnos donde todo está permitido. Conteste a mi pregunta con la verdad. Eso es lo que deseo.

—Pero… ¡pero eso es absurdo, míster Finney!

Sacudí la cabeza con pesar.

—No tan absurdo como usted cree, *miss* Presle —repliqué—. Pero espero averiguarlo —hice una pausa deliberada para preguntar después—: Supongo que si me hago cargo del caso, será con todas las garantías imaginables, tanto si lo que descubro perjudica a su prometido como si no, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Bien. Eso alegra. Empezaré a trabajar hoy mismo.

Ella se puso en pie. Abrió el bolso de piel de cocodrilo legítima, y me entregó un cheque al portador. Lo miré, y al punto estuve tentado de silbar de admiración.

Cumplía lo prometido. El cheque era por valor de veinticinco mil dólares. Jamás un periodista había ganado tanto en menos tiempo, pensé complacido mientras mis ojos iban al aparato de televisión, y después, a ella.

Pareció comprender lo que pensaba, puesto que casi en el acto dijo:

—Actuaré esta noche para usted, míster Finney. La miré suspicaz.

—Procure ir vestida como a mí me gusta —dije. Rió quedamente.

—Lo haré —afirmó—. Incluso les diré cómo tienen que manejar la cámara para qué me vea mejor.

Comprendí mientras ella se acercaba a la puerta. La seguí, y al llegar a la que daba acceso a la escalera, la tomé por un brazo.

Se volvió para mirarme con la mano puesta en el tirador.

—Cantaré para ti, Jim —dijo roncamente.

—Te estaré escuchando —repliqué sin mucho convencimiento.

No es porque no me agradase la cosa, sino porque en aquellos momentos, yo no sabía dónde podía estar a las diez de la noche.

Ya con la puerta abierta, mirándome, Doris preguntó:

—¿Cuándo podremos vernos?

—No lo sé. Pero ¿por qué no me das tus señas? Iré a verte tan pronto pueda. A tu apartamento, o a los estudios de la televisión.

Me las dio mientras me miraba de manera suspicaz. Unas señas allá por Times Square, en el Distrito V.

CAPÍTULO III

¿Cómo empezar?

Confieso que no lo sabía. Que no lo supe hasta después de mirar mi reloj de pulsera.

Entonces pensé en Alma Davis, y en el bar de Jeff Bryan.

Alma es la secretaria particular del viejo búho de míster Thomas Presing, nuestro redactor jefe en el «Eco de Broadway».

Una mujer como no hay dos, si se exceptúa la que acababa de abandonar mi apartamento.

Alma es morena, con caderas de ánfora, pero que se encuentra bien de aquel modo, ya que no desproporciona con el resto de su anatomía de diosa pagana.

Tiene los ojos negros, como las ideas que acuden a la mente de uno cuando la ve.

Jeff es el barman del «Pico Dorado», un bar situado en la calle 51, una cuadra antes de llegar a su cruce con la Novena y Décima Avenida.

Allí acostumbro a tomar de vez en cuando el desayuno, y a comer alguna vez que otra, todo lo contrario de Alma, que va allí todos los días.

Alma tardaría aún en salir de la redacción una media hora. Casi tanto como yo iba a tardar en desplazarme de Madison Avenue donde tenía mi apartamento hasta allí.

Era, por tanto, mejor verla a ella antes que a nadie.

Tomé el sombrero del perchero, me lo encasqueté, cerré el apartamento y salí a la calle.

Detuve un taxi pensando que ahora podía muy bien permitirme aquel pequeño lujo. Incluso cambiarme de apartamento si me venía en gana. Y todo por una caprichosa mujer, y porque un hombre iba a morir en
Sing-Sing.

Di las señas del bar y me retrepé contra el asiento. Pensando en Alma y en sus labios, alcancé mi inmediato destino sin darme cuenta.

Pagué el taxi. Me sentí generoso en extremo y añadí una propina que le hizo mirarme con asombro.

Luego entré en el bar.

Alma ya estaba allí, subida a uno de los taburetes.

Me acerqué a ella, puse los codos sobre el mostrador y la miré. Alma ladeó un poco su linda cabeza para mirarme. Nuestros labios quedaron muy juntos. Casi en el acto nos besamos.

Luego sorprendí una mirada inquieta en sus ojos. Antes de que pudiera preguntarle nada, ella lo hizo.

—Jim… ¿por qué no has ido esta mañana, a la oficina?

No podía decírselo. Tal vez Alma no me comprendiera.

—¿Ocurre algo? —Fue lo que pregunté.

—Sí, el viejo dice que tan pronto como pongas los pies en la redacción, va a despedirte.

—¿Y eso te preocupa, encanto?

—¡Claro!

—¡Pues te voy a dar otro motivo de preocupación, ricura! —repliqué—. Esta tarde tampoco pienso ir.

—¡Jim!

—Escucha, nena. Ha ocurrido algo que me va a dar un montón de billetes. Lo que piense el viejo poco me importa ahora. Si me despide, me da lo mismo. Cualquiera de los periódicos de Nueva York publicará este artículo mío, que será excepcional.

Me miró con escepticismo.

—Siempre dices lo mismo, Jim —replicó.

—Ahora es diferente, querida —le enseñó el cheque—. Veinticinco mil ahora, y otros veinticinco al terminar, tanto si la cosa sale bien como si no.

Sus ojos estaban ahora agrandados hasta el paroxismo.

—¿De qué se trata, Jim? ¿Es algo que yo pueda saber?

Sonreí.

—Claro que sí. Espero que me ayudes.

Allí, en el mismo bar, a la vista de todos, se colgó de mi cuello.

—¿Qué es ello, Jim? —me preguntó respirando fuertemente.

—Te lo diré esta noche —repliqué—. Dime dónde puedo ir a

buscarte.

Me miró a los ojos durante largo rato.

—Te esperaré a las ocho en mi apartamento, Jim —dijo sencillamente.

Sin saber por qué, intuí entonces algo que hasta el momento presente me había pasado inadvertido, y no me agradó.

No por mí, sino por ella.

—Iré a buscarte a las ocho, ricura —fue lo que dije—. Entretanto, esta tarde puedes decirle al viejo búho que te he telefoneado a este bar, y que estoy detrás de algo tan importante que no puedo dejarlo en modo alguno. Si me despide, dile, de parte mía, que se arrepentirá.

—Lo haré, Jim —replicó—. Y dime, ¿no me puedes anticipar algo?

—Aún no, querida. Tengo antes que hacer una visita.

—¿Dónde?

—Si te lo digo, sabrás en el acto todo el asunto.

—Apuesto a que es a una mujer, Jim —afirmó mirándome a los ojos.

—Sí. Eso sí puedo decírtelo.

—¿Muy hermosa?

—Sí; al menos eso creo.

—No me gusta. No me gusta ninguna mujer de las que rondan cerca de ti, Jim.

A Alma le ocurría todo lo contrario que a mí.

Claro que yo no tenía los mismos motivos que podría tener ella.

—No hay peligro, muchacha —dije.

Sonrió.

—Estoy celosa, ¿sabes? Ya sé que entre los dos no hay nada, como no sea algún que otro beso. Pero estoy celosa. Y estaré celosa hasta que de tus labios escape lo que quiero oír.

No me sorprendí en modo alguno. Desde que ella me citó en su apartamento, sospeché algo de esto.

¿Qué replicar?

Nada. No había nada que decir.

Y por esto mismo le agradecí que fuera hacia la puerta, sin esperar mi respuesta, caso de que hubiera podido dar alguna.

—Hasta la noche, querido —dijo, volviéndose desde ella, para

desaparecer en el acto.

No la seguí. ¿Para qué?

Continué en el taburete mucho rato. Después salí a la calle.

Un nuevo taxi me condujo a la calle 49. En la portería me informé cuál era el apartamento de Marta Sullivan.

Allí podía haber un motivo bien sencillo. Curtis era peligroso. Tanto o más peligroso que lo había sido en vida Ricori Talbot.

El motivo sé podía llamar Marta. Si a Curtis le gustaba la chica de Talbot, podía muy bien haber solventado aquel problema de la manera más conveniente para él.

Entré en el ascensor y pulsé el botón del décimo piso mientras reflexionaba.

Podía ser un motivo, pero podía muy bien haber otro.

Bien, fuera lo que fuese, estaba decidido a hablar con la Sullivan. Después, tal vez acompañado de Alma le hiciera una visita a Curtis en su propio garito.

Estaba a oscuras, pero no tenía más remedio que empezar a dar palos de ciego. Alguien saltaría cuando supiera que el asunto del asesinato de Ricori Talbot no estaba solucionado aún, a pesar de que un hombre iba a morir dentro de cuatro días en la silla eléctrica.

Frente al apartamento de ella me detuve a pensar. Luego apreté el timbre con resolución.

Tuve que hacerlo dos veces más antes de que me abrieran la puerta.

Marta Sullivan era rubia y alta. Metidita en carnes, y de no más de veintidós años. Toda una mujer donde las hubiera.

Suspiré al verla.

Porque parecía venir directamente de la cama, ya que se cubría con una «negligée» del más puro nylon, y completamente transparente.

—¿Qué desea? —preguntó, de mal talante.

Metí el pie entre la puerta y el marco en previsión de que intentara darme con ella en las narices.

—Me llamo Jim Finney. Redactor del «Eco de Broadway» —me presenté—. He venido para hablar con usted.

Me miró de pies a cabeza.

—Sólo recibo a los periodistas en mi camerino de «El Pico de

Oro» —dijo—. Por tanto, puede largarse cuando guste.

Hizo ademán de cerrar la puerta y ésta tropezó con mi pie. Sus ojos centellearon como dos diamantes.

—No corra tanto —la atajé antes de que pudiera decir nada—. Usted hablará conmigo, ricura. Hablará, y no aquí en la puerta, sino en el interior de su apartamento. Deseo decirle algo de parte de Ricori Talbot. Me dejó un recado antes de que le mataran. ¿O no me cree?

Palideció y enrojeció al mismo tiempo. Después dio un paso atrás y me franqueó la entrada.

—Pase, fisgón —dijo.

Me hizo sentar en una silla y permaneció frente a mí, en una estudiada pose que estuvo en un tris de no ponerme nervioso. La chica lo valía, y ella estaba al tanto de su valer.

—Desembuche —dijo en tono seco—. ¿Qué ha venido a buscar aquí?

La miré de pies a cabeza. Con todo descaro. Ella frunció el ceño.

—Usted era la amante de Talbot, encanto —dije—. Talbot murió asesinado. Hay un hombre en Sing-Sing que espera la silla dentro de cuatro días. Yo sé que él no le mató.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo, periodista?

—Es bien sencillo. Usted, Marta, sabe quién le mató y quiero que me lo diga.

Se dejó caer en la silla, frente a mí.

—¿Por qué ha supuesto eso?

—Atando cabos, ricura. Por ejemplo: Usted, y según oídas, gustaba a muchos hombres. A ése Sharon, por ejemplo, ahora esperando en la celda de la muerte. A Mike Curtis también. Este pudo ser el ejecutor, o, simplemente, el que lo mandó hacer. ¿Quién fue, Marta?

La mujer echó atrás la cabeza y rió.

—¿Por qué Mike Curtis?

—Por usted. Eliminando estorbos tenía el camino libre a sus encantos. Mataba dos pájaros de un tiro. A Talbot porque era su amante. A Sharon porque se había metido por medio.

—¡Eso es absurdo, periodista! Y si no tiene más que añadir, le ruego que salga. No tengo que aguantarle más, ¿entiende?

Me puse en pie.

—Absurdo o no, alguien pasaportó a Talbot, y no fue Sharon precisamente. Tal vez…

—¿Por qué tenía que hacerlo yo, fisgón?

Giré cara a la puerta que daba acceso al «*living*». No me sorprendió en absoluto verme frente a frente con Mike Curtis, en mangas de camisa, y la mano derecha introducida en el bolsillo del pantalón.

Su rostro, enjuto y pálido, tenía una expresión entre burlona y mordaz.

Era alto y huesudo, pero elegante en sus modales y maneras. Al parecer, los «gangsters» del gran mundo se estaban refinando de tal manera que era difícil, muy difícil, reconocerlos.

CAPÍTULO IV

Sin apartar los ojos de la mano que mantenía oculta en el bolsillo del pantalón, repliqué:

—Creo que ha estado escuchando, Curtis. Por tanto, no es necesario que repita una vez más lo que ya dije a su chica.

No negó esta aseveración mía, ni Marta tampoco. Pero rió, aunque un tanto secamente.

—¡Repito lo que dijo ella, fisgón! Eso es absurdo. Tan absurdo como los motivos que usted ha expuesto.

Me permití una tenue sonrisa.

—¡Puede que tenga razón, Curtis! Pero a pesar de esto, Talbot murió asesinado. La causa pudo ser su chica, o Marta Sullivan, que para el caso es igual. Pudo ser por otra causa bien diferente. Hay muchas cosas en común entre usted y Talbot. Otra cosa sí que es absurda. El crimen se podría explicar si el muerto fuera Sharon y Talbot continuara vivo. Sharon tonteaba con su chica y él le liquidó. Pero así, la cosa cambia. Y voy a probar que fue usted, Curtis. Voy a hacerlo aunque sea lo último de mi vida.

Curtis tenía ahora los ojos entrecerrados, y yo no apartaba los míos del bolsillo del pantalón. Aquel cerdo elegante llevaba una automática.

Su voz, tranquila y suave me sorprendió.

—¿Por qué no me presenta pruebas de lo que dice, Finney?

Sonreí de nuevo.

—Materiales aún no las tengo, y usted lo sabe, Curtis. ¿Morales…? Puedo presentar una sin discusión de ninguna clase. Marta Sullivan. Talbot murió, y ahora usted es el de turno. ¿Tiene algo que añadir a esto?

—Sí —replicó ante mi sorpresa—. Una sola pregunta. ¿Quién y cuánto le pagan por airear esto?

—Nadie y nada —mentí ya que no quería mezclar en aquello a

la bellísima Doris—. Simplemente mi conciencia.

—¿Espera que crea eso? Usted sólo tiene un interés, que son los dólares. ¿Cuánto pide por dejar el terreno libre, Finney?

Sonreí por tercera vez. Aquello se estaba poniendo al rojo.

—Nada —repliqué—. Nada que venga de su mano, Curtis. Voy a hundirle si puedo. A usted, y al asesino de Talbot, contando conque fuera otro el que le matara. Voy a sacar a la luz tanta podredumbre, que espero verle entre rejas, Curtis.

Me encaminé de espaldas a la puerta.

Recostada contra el sillón, con las largas y maravillosas piernas extendidas frente a ella, Marta Sullivan bostezaba. Y había algo de diabólico en su actitud y bostezo.

Salí cerrando suavemente.

Ya en la calle entré en el primer bar que encontré y me acomodé en el mostrador.

Frente a un buen vaso de *whisky* con hielo me puse a pensar.

Curtis se movería ahora, y con endiablada rapidez. Habría que tener cuidado. Era un tipo sumamente peligroso, y mandaría a alguien para que me saliera al paso.

Con el segundo vaso de *whisky* frente a mí, me dediqué por entero a pensar en la lista que me diera Doris.

Dos mujeres más figuraban en ella.

Consulté mi reloj e hice un pequeño cálculo mental.

Aún era temprano para mi cita con Elsa.

Elsa Callender y Liz Murphy.

Ambas bailarinas del «Ancla de Oro».

Me decidí por Elsa.

Creí saber por qué, aunque no estaba seguro de ello. Al nombrarla, al darme su nombre y sus señas, creí sorprender un brillo inusitado en los ojos de Doris Presle.

Fue algo fugaz como un relámpago. Pero precisamente esto me decidió a interrogarla primero.

Tomé un taxi en la misma puerta del bar y me hice conducir a la calle 56.

En la oficina de recepción, de aquella Casa de apartamentos, no había nadie. Por lo tanto, tuve que leerme más de una docena de nombres antes de encontrar el que buscaba.

Ascendí en el ascensor, y pulsé el botón del timbre. Me abrió

ella.

Una escotadísima blusa de nylon. Luego su cara de óvalo perfecto, los rizos de su pelo negro, los almendrados ojos pardos, y la boca roja sin chispa de «*rouge*»…

—¿Qué desea?

Me entraron ganas de insultarla, ya que había interrumpido mis pensamientos en el momento culminante en que empezaba a hacer comparaciones, de distinta índole, entre ella y otras mujeres.

Me presenté como en el apartamento de Marta Sullivan.

—Me llamo Jim Finney, y soy reporter del «Eco de Broadway». Usted es bailarina del «Ancla de Oro», ¿verdad? Pues deseo tener unos momentos de charla, si me permite pasar.

Me miró de pies a cabeza. Calculo que le gusté en extremo. Mis seis pies y cinco pulgadas, amén de mí anatomía, sin presunción de ninguna clase, por mi parte, sé que gustaba a las mujeres.

Se apartó de la puerta, entré, y ella cerró a mi espalda.

Durante un largo minuto me miró atentamente. Luego giró en redondo.

—Venga conmigo, míster Finney —dijo.

La seguí admirando el encanto que emanaba de toda su persona.

Después, en el «*living*», Elsa Callender me indicó que me sentara. Lo hice en el sofá, y ella se deslizó materialmente hacia un mueble situado al fondo.

Casi en el acto oí el tintineo de los vasos, y cuando se volvió, llevaba dos completamente llenos de *whisky*, lamenté que ella creyera que yo iba a hacerle una interviú para el «Eco».

Se sentó a mi lado ofreciéndome uno. Bebí mientras me miraba.

—Y bien, míster Finney, ¿qué desea de mí? —preguntó—. ¿Por tan buena artista me tienen en el «Broadway» que mandan a uno de sus periodistas para que hable conmigo?

Creí que se burlaba, pero no era así, como me lo demostraban sus ojos.

—¿Por qué cree que soy un buen periodista, *miss* Callender? —pregunté a mi vez—. ¿Quién se lo dijo?

—Llámeme Elsa, míster Finney —me interrumpió—. Doris Presle. Supongo que habrá oído hablar de ella, ¿verdad?

Asentí con la cabeza pensando que el asunto se presentaba sin dificultades.

—Sí —repliqué deseoso de continuar con aquella conversación que me llevaría por los derroteros que deseaba—. ¿La conoce usted?

—Sí, éramos amigas.

—¿Ya no lo son?

Me miró inquisitiva durante unos segundos. Bebió un sorbo de *whisky*.

—No. Ocurrió algo, ¿sabe?

—¿Un hombre?

—Sí —dijo—. Pero esto no hace al caso. Prefiero dejar esta conversación.

Pensé al punto que aquello no iba a ser posible, y lo lamenté por ella, Porque aquella mujer me gustaba como ninguna me había gustado hasta entonces.

Tenía un cierto aire que distanciaba.

La miré a los ojos mientras sacaba la pitillera con unos cuantos cigarrillos. Le ofrecí uno y lo encendí.

Fumamos unos minutos en silencio y al fin me decidí:

—Hábleme de Don Sharon, el *croupier* del «Ancla de Oro», Elsa —dije suavemente.

Se puso en pie de un salto, volcando el vaso de *whisky*, que desparramó su contenido por el suelo.

Con los ojos agrandados por el estupor inquirió en un balbuceo:

—¿Qué… qué quiere decir? Confieso que no le entiendo.

—Me explicaré mejor, muchacha. Sé que fue por Sharon, su enemistad con Doris Presle, ¿verdad?

Crispó el rostro en una mueca.

—Supongamos que es así, ¿qué puede importarle a usted?

—Nada —repliqué con voz dura—. Nada como no sea que Sharon va a morir en la tostadera, dentro de cuatro días, y por el asesinato de Talbot. Usted les conocía a ambos, Elsa. ¿Qué relaciones había entre los dos? ¿Qué relaciones entre él, Talbot y Mike Curtis?

Sentóse de nuevo, tomó mi vaso, bebió largamente y me miró. La vi sonreír, y no supe dónde mirar, si a su incitante y roja boca, o sus no menos incitantes piernas, extendidas a todo lo largo frente a mis ojos.

—Don Sharon no mató a Talbot, míster Finney —declaró fríamente—. Lo hizo Doris Presle, y creo saber por qué.

¡ABSURDO!

Completamente absurdo.

La miré con gesto interrogativo sin decir una palabra y ella añadió:

—Por celos. Un crimen pasional, que dirían los de la Brigada de Homicidios. Doris esperaba casarse con Sharon, pero Don no era de esa clase de hombres. Tonteaba con todas. Su oficio de *croupier*, por una parte, le daba pie para ello. Después estaba lo otro. El lanzaba mujeres a «Broadway». No trata de blancas, no. Simplemente que conseguía contratos ventajosos para las que aspirábamos a ello. Cobraba un tanto por ciento, y algo más… aunque no a todas.

—¿La lanzó él, Elsa? —pregunté sabiendo de antemano cuál iba a ser la respuesta.

—Sí. Y tonteó conmigo. Sé, me consta, —que más que con ninguna. Doris se enteró. Averiguó que días antes Talbot había tenido una agria discusión con su prometido y que éste le amenazó de muerte. Le mató por ello, para cargarle la culpa a Sharon. Todo muy bien planeado, como verá. Ella, Doris, sabía que Don tenía una pistola. Abrazada a él, besándole, no le fue difícil apoderarse del arma. Doris era asidua al «Ancla de Oro». Por tanto, tampoco le fue difícil salir con Talbot, y matarle.

—¿Cómo explica que las huellas digitales fueran de Sharon, si la que empuñó la automática homicida fue Doris Presle, Elsa?

Se encogió de hombros.

—Eso sería mejor preguntárselo a ella, ya que yo no tengo ni idea —confesó tranquilamente.

Sin saber por qué, sin pensar, a mis labios acudieron las mismas palabras que no hacía mucho me dijera Mike Curtis.

—Eso es absurdo, nena.

Me rebatió con energía:

—No tan absurdo, querido, si se tiene en cuenta que Talbot se pirraba por los huesos de esa cantante.

Aquello era nuevo para mí.

Por tanto, pregunté:

—Siendo así, ¿qué me dice de Marta Sullivan?

Arqueó una de sus bonitas y finas cejas, encogió las piernas y replicó:

—Marta era algo secundario para Talbot. Cierto que la mantenía

y era él quien pagaba sus facturas, pero estaba cansado de ella y sus coqueteos. Sé que buscaba largarla con viento fresco, y que Doris Presle tenía, buena parte en ello.

¡Al diablo con aquel embrollo!

Lo pensé, pero me vi incapaz de mandarlo a dónde había pensado. Cincuenta de mil eran algo nunca visto por mí. Eso y la exclusiva del caso más sensacional de mí carrera.

Cincuenta mil dólares, y la que los pagaba era sospechosa de asesinato, acusada de él, por la mujer que tenía frente a mí, la cual parecía tener motivos sobrados para saber lo que decía.

Aquello ya no me parecía absurdo.

Me parecía enormemente complicado.

Miré a mi alrededor. Al lujoso y bien amueblado apartamento. Después la miré a ella.

Elsa pareció adivinar todos mis pensamientos.

—Sí, míster Finney —dijo—. Todo esto es mío, pero aún no tengo quién pague mis cuentas.

—Pero lo tendrá, ¿no?

—Por ahora no lo necesito —me replicó—. Gano bastante como para no desear tal cosa —me miró acariciadoramente y añadió—: Claro que si se tratara de usted, la cosa sería distinta —aquello me pareció más absurdo aún y así se lo dije. En el acto se puso en pie y me miró diciendo—: No tan absurdo, querido. Pero en fin, será preferible no seguir hablando de eso. Y ahora, si ya ha terminado con sus preguntas, le ruego me deje sola. He de vestirme para salir.

Me levanté a mi vez. Se me ocurrió preguntar:

—¿Qué sabe de Liz Murphy? Ella trabaja con usted, ¿no?

—Sí. Pero no creo que ella tenga nada que ver en esto, a no ser que es una buena amiguita de Al Benson.

Torcí el gesto al mirarla.

—Otra pregunta aún —dije—. ¿Puedo hacerla? Sonrió.

—¿Por qué no? Después de tantas, una más no importa.

—Bien —repliqué—. Talbot ha muerto. ¿Quién se ha hecho cargo del club?

—Al Benson.

No pude evitar un respingo.

—Creí que sería Curtis. Usted me dijo que él tenía negocios en combinación con Talbot. Al menos eso fue lo que entendí, ¿no,

ricura?

—Eso tendrá que averiguarlo usted, periodista —dijo—. No es cuenta mía.

Tomé el sombrero, di las gracias y me acerqué a la puerta. Ella me acompañó hasta allí; Me tendió la mano, que estreché en silencio.

—Vuelva cuando quiera, Jimmy —dijo.



—¿Tiene miedo de alguien?

A mis labios acudió una respuesta mordaz y la solté sin pensarlo dos veces.

—¿Para pagar sus facturas, nena? —pregunté.

—¡Váyase al cuerno! —Fue la consoladora respuesta que obtuve.

Salí a la calle pensando en Alma y en el «Ancla de Oro».

El «Ancla de Oro», ahora propiedad de Al Benson.

¿Qué tenía que ver el antiguo *gángster* con Ricori Talbot y Don Curtis? ¿Cuál era el juego que traían entre manos y por qué un hombre tenía que morir cuatro días después en
Sing-Sing?

No lo sabía. No lo sospechaba siquiera.

Tomé un nuevo taxi al ver que casi era la hora de mi cita con Alma, y me hice conducir a su apartamento, allá por la calle 72.

Dentro de él me arrellané en el asiento, cerré los ojos, y dejé de pensar en todo.

En todo menos en Alma.

CAPÍTULO V

Tardó bastante en abrirme la puerta, y al verla comprendí por qué.

Alma, con el largo cabello atado a la nuca por una cinta de colorines, se cubría con una gran toalla de baño. Adiviné que acababa de salir de la ducha. Que la sorprendió mi llamada en aquel preciso momento, y adiviné lo que había debajo de la misma.

Se hizo a un lado y entré.

Ambos nos miramos a los ojos, un poco cohibidos al principio. Fue ella la que primero reaccionó.

Entonces vino a mis brazos rodeándome el cuello con los suyos. Nos besamos durante un largo rato. La acaricié sin decir palabra. ¿Para qué?

¿Para qué? Si hay veces que las palabras sobran en todos los sentidos, y aquélla era una de ellas.

Después me serví un *whisky* mientras ella entraba en su dormitorio.

Cuando volvió, media hora más tarde, me bebí otro. Me hacía falta.

Alma se había puesto sobre su piel, un vestido rojo como una llama. Un vestido de noche largo hasta los pies, que se adhería a sus felinas curvas lo mismo que un guante.

Vino a mí de una manera sencilla. No había pose alguna en su actitud, nada estudiado, en la forma felina y sugestiva que tuvo al acercarse.

Me tendió los brazos y la besé pensando que Alma era una de las mujeres más hermosas que yo había visto. Pensando en Doris Presle y en sus bikinis.

¿Cómo estaría Alma con uno de ellos?

No quise seguir pensando. Deseaba no perder de nuevo la cabeza. La separé de mí.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—¡Cuando quieras! —replicó—. Espero que por el camino me cuentes qué diablos te traes entre manos.

Subimos a un taxi y di la dirección del «Ancla de Oro».

Arrancó el vehículo, ella se apretó contra mí, me dio un bocadito en la oreja y preguntó:

—¿Es ahí donde me llevas?

—Sí, querida.

Y a continuación le relaté todo lo ocurrido desde que Doris Presle me visitó en mi apartamento.

—Entonces, ¿piensas hablar con Liz Murphy?

—Depende, ricura.

—¿Es por mí?

—Claro. No deseo que te muestres demasiado celosa. Me miró largamente.

—¿Conseguiría algo con ello, Jimmy? —preguntó.

—No, creo que no.

Calló durante el resto del camino.

Después entramos en el «Ancla de Oro».

Liz Murphy y Elsa Callender estaban actuando en el centro de la encerada pista.

Miré a Alma. Su ceño estaba fruncido y comprendí por qué.

Eran dos mujeres diabólicamente hermosas. Dos mujeres con poca ropa.

Con la suficiente para poder pasar sin reserva alguna en un lugar como aquél, en pleno corazón de Broadway.

Dos mujeres y cuatro piernas.

Como para perder el sentido.

Dejé de mirar a Alma y centré mi atención en la pista.

Cuando volví a la realidad, Alma estaba tirando de mí hacia una de las mesas, mientras que un obsequioso barman nos preguntaba qué íbamos a tomar.

Encargué, el menú mientras los ojos de Alma no se apartaban de los míos.

Cuando el barman se alejó, ella hizo un comentario que me dijo bien claro cuál era su estado de ánimo en aquel momento:

—Me gustaría tener los suficientes dólares para poder comprar lo que yo quisiera, Jimmy.

Sabía lo que quería decir, pero pregunté:

—¿Qué comprarías, Alma?

—A ti.

No sonreí. Pero aparté los ojos de la pista, de las hermosas piernas de Liz Murphy y Elsa Callender. Los aparté de todo lo demás, para fijarlos en ella.

Era todo lo que podía hacer por el momento.

Sólo por el momento, ya que al siguiente, y una vez tuve al barman frente a mí, le tendí un billete de cincuenta dólares, que se apresuró a hacer desaparecer en uno de sus bolsillos.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Saber cuál es el camerino de *miss* Murphy —contesté—. Nada más que eso. Tengo que hablar con ella de un asunto sumamente interesante.

Arqueó una ceja. Luego miró en torno.

Después de unos segundos de silencio me lo indicó.

—No le molestará nadie por el camino.

Di las gracias y esperé.

Tres minutos más tarde, el espectáculo concluía en la pista.

Entre una nube de aplausos, ambas abandonaron la pista y el salón. Miré a Alma.

—¿Celosa?

—No creo que importe mucho eso, Jimmy Finney. Anda, ve; pero si cuando vuelvas tienes; señales de «*rouge*» en los labios, voy a dar el espectáculo con esa gata.

Me levanté riendo.

Siguiendo las instrucciones del barman, caminé hacia la barra. Después hacia los lavabos y, una vez junto a ellos, me escabullí hacia unos espesos cortinajes de raso.

Detrás estaba el pasillo. Siete yardas más allá, a mano derecha, la puerta del camerino de Liz Murphy.

Estaba entornada y la empujé, entrando sin pedir permiso.

Liz Murphy se encontraba sentada en un pequeño diván, con una de sus hermosas y desnudas piernas cabalgando sobre la otra y un largo y emboquillado cigarrillo entre los dedos de la mano derecha.

Avancé hacia ella olvidando los propósitos que me había hecho a mí mismo, ya que Alma me estaba esperando.

También me esperaba ella. Esto lo intuí mucho antes de que Liz

dijera algo en tal sentido, dada la estudiada pose que había adoptado.

Era hermosa. Su cabello rubio platino, aunque era teñido, le sentaba perfectamente a su hermoso y bello rostro moreno, y a sus grandes y rasgados ojos grises.

—Le estaba esperando, míster Finney —dijo mientras me indicaba un sitio junto a ella—. Elsa me dijo que había un periodista de Broadway haciendo preguntas indiscretas.

—¿Me conocía, Liz?

—¿A usted? No. Pero Elsa me lo señaló mientras estábamos actuando.

—Entonces sospecha lo que he venido a preguntar, ¿no?

—Tengo la certeza.

—Bien. ¿Qué ha de decirme?

—Algunas veces es peligroso hacer ciertas preguntas, y mucho más el contestar a ellas, míster Finney.

—¿También le dio Elsa mi nombre?

—Sí. ¿Por qué no tenía que dármelo?

Pasé por alto la pregunta y repliqué con otra:

—Entonces, ¿no quiere decirme nada?

Abrió los ojos y ladeó la cabeza, con lo que su rostro quedó junto al mío y me miró.

—No es eso, querido —repuso—. Simplemente, que no tengo nada que decir.

—Un hombre va…

—Ya lo sé —me atajó secamente—. Un hombre que era un cerdo. Si la policía y el jurado dijo que era culpable, ¿por qué no dejarlo así?

—¿Usted cree que Don Sharon es culpable de la muerte de Ricori Talbot?

Entrecerró los ojos, sonrió y se acercó más. No quise mirar las profundidades de su escote y clavé mis ojos en sus labios rojos como una cereza.

—No sé nada, querido. Nada puedo decirle, como ve.

—¿Tiene miedo a alguien? ¿Es acaso Al Benson quien le impide hablar, Liz?

Ni aun así se alteró su semblante.

Me puse en pie cuando se acercó más, temiendo que mis

convicciones vacilaran.

Me imitó y quedamos los dos frente a frente.

—No conozco personalmente a Al Benson, periodista —afirmó fríamente.

—No son esas mis noticias, gatita —repliqué.

—¿No? —señaló la puerta sin descomponer el gesto— y. Puede irse, ya que he de cambiarme para actuar de nuevo.

Me tomó del brazo llevándome como a un niño.

En ese momento alguien interrumpió a nuestra espalda…

—Cuando acabe con ella venga a verme, míster Finney. Cualquiera de mis empleados le dirá dónde está mi despacho. Incluso Liz. Ella lo sabe de sobra.

La vi palidecer mientras se apartaba de mí como si ahora estuviera apestado o poco menos.

Yo giré entonces en redondo, lentamente, para enfrentarme con Al Benson, que desde el umbral de la puerta me sonreía beatíficamente.

—¿Sorprendido? —me preguntó.

Sonreía a mi vez, aunque no tenía ganas de hacerlo.

—Un poco —contesté—. Confieso que no le esperaba. Me devolvió cortésmente la sonrisa y dijo:

—Me avisaron que estaba aquí, míster Finney, y vine a verle. Perdone si le interrumpí cuando besaba a Liz —soltó una carcajada y agregó—: ¡Diablos con las mujeres! ¡Cualquiera se fía de ellas!

Dio media vuelta y salí detrás de él. Pero antes de abandonar el camerino miré a Liz, que continuaba pálida y con las manos sobre el opulento seno.

—Piensa si te conviene callar, ricura —dije.

Y salí definitivamente en pos de Al Benson, palpando la automática que llevaba bajo la axila.

CAPÍTULO VI

Al Benson es un tipo alto y fuerte, pero tan atildado o más que Curtis. De unos cuarenta y cinco años y con el pelo completamente gris en las sienes. Tiene los ojos negros y el mentón partido por el centro. Su rostro puede compararse con el de un halcón.

Sentado frente a mí, en su lujoso despacho, miro cómo enciende un largo y oloroso puro habano.

—Bien, Benson —dije en vista de su silencio—. Al grano. Abajo hay una dama que me está esperando.

—Sí. Veo que no pierde el tiempo. Alma Davis es un bocado demasiado exquisito para un fisgón como usted, Finney. Sería una lástima que a la chica le pasara algo desagradable por su culpa, amigo.

Me puse en pie violentamente. Al Benson no se movió del sitio. Su perenne y beatífica sonrisa seguía en sus labios cuando me miró.

—¿Es una amenaza? —pregunté.

Acentuó la sonrisa y replicó:

—Nada de eso. Es sólo un comentario sobre algo desagradable que podría ocurrir, Finney. ¿Por qué no deja este asunto? Ricori Talbot está muerto y su asesino camino de la silla. ¿Por qué no dejar las cosas como están?

Pensé rápidamente.

Curtis ofrecía dólares a cambio de abandonar aquello mismo. Al Benson, por el contrario, amenazaba. ¿Por qué? ¿Dónde estalla el eslabón que había de unir aquella cadena?

Sin perderle de vista retrocedí hasta la puerta.

—No voy a dejar este caso, Benson. Métase eso en la sesera. Quiero saber por qué mataron a Talbot. Quiero saber quién es su asesino y qué unión había entre él, usted y Curtis, contando con que este último también tenga algo que ver en el embrollo.

No replicó, pero seguía sonriendo del mismo modo cuando

abandoné el despacho, cerrando la puerta a mi espalda.

Alma no se había movido de allí. En contra de lo que esperaba, me recibió con una sonrisa y una pregunta.

Una pregunta que esperaba:

—¿Averiguaste algo, querido?

—Te lo contaré después, ricura.

Me incliné rápidamente y la besé en los labios. Después me senté.

—¡Jimmy!

Finalmente vino la cena. Mientras la consumíamos con enorme apetito, conté a Alma todo lo ocurrido con Liz Murphy y con Al Benson.

Sólo callé dos cosas: Las amenazas de éste y el beso de Liz.

Sobre todo lo del beso. Hay cosas que las mujeres no entienden.

Salimos de allí sobre las doce de la noche. Pero eran cerca de las tres de la madrugada cuando el taxi que nos llevaba se detuvo frente a la puerta de la casa de vecinos donde vivía Alma.

Pagué al conductor y quedé frente a frente de aquella maravillosa beldad.

Alma me estaba mirando con gesto suspicaz. Luego sonrió prometedora y se acercó a mí.

—¿Subes?

Denegué con la cabeza. Sería demasiado ajetreo para una sola noche.

—No —repliqué—. Es muy tarde, querida.

Había asombro en sus ojos cuando inquirió:

—Entonces, ¿por qué has despedido al taxi?

—Voy a dar un paseo a pie durante un rato, Alma —contesté—. Después iré a mi apartamento.

No replicó. Dio media vuelta y vi cómo abría la puerta de la calle. Desde ella se volvió para lanzarme un beso con la punta de los dedos. Luego cerró.

Me puse en marcha lentamente por en medio de la ancha acera, reflexionando.

Había pasado un día. A Don Sharon le quedaban, por tanto, setenta y dos horas de vida. Tres días. Tres largos y angustiosos días de tortura en la celda de la muerte de
Sing-Sing.

El sedán era un «Pontiac» pintado de negro.

Pero no eran negros sus ocupantes, aunque se les podía calificar de tales, con perdón de los negros, claro, ya que no tengo prejuicios raciales.

Esto lo supe al mirar atrás, ya que en la calle vacía y solitaria me llamó, sin saber por qué, la atención el súbito ruido de un motor lanzado al máximo de velocidad.

Intuí lo que iba a ocurrir a continuación, y me lancé al suelo. Pero el automóvil pasó de largo sin que desde las ventanillas dispararan contra mí.

Me puse en pie mascullando una imprecación a causa de mi estupidez, que casi al segundo pude comprender que no era tal, ya que el «Pontiac» frenó en seco dejando dos trazos negros sobre el asfalto.

Casi en el acto se abrió la portezuela y salieron dos tipos. Después un tercero.

Vi brillar el acero en sus manos, y me lancé de cabeza contra el asfalto. Pero cuando caía, ya llevaba la «Magnun» en la mano. Disparé al mismo tiempo que ellos.

Vi caer a uno llevándose las manos al vientre y apreté de nuevo el gatillo mientras el plomo silbaba sobre mi cabeza.

Di una vuelta completa sobre mí mismo y disparé por tercera vez.

Los dos restantes cayeron casi el uno encima del otro.

Me puse en pie.

Tres ratas de alcantarilla. Tres *gangsters* que conocía bastante bien.

Tres bastardos al servicio de Curtis.

Curtis empezaba a lanzar sus baterías contra mí. ¿Cuánto tiempo tardaría en hacerlo Al Benson?

El súbito silbato de la policía, que rasgó el silencio de la noche, me hizo mirar en torno.

Ni un alma. Ni un solo automóvil a lo largo de la calle.

Corrí hacia el «Pontiac».

El automóvil tenía el motor funcionando al «ralentí». Embragué y salí disparado, doblando la próxima esquina sobre dos ruedas. Luego aflojé, y media hora después lo abandonaba junto al puente de Brooklyn.

Y tardé más de un cuarto de hora en encontrar un solitario taxi que me llevó a mi apartamento. Eran entonces las cinco de la madrugada.

No me extrañó, no pensé en aquel entonces, ni en el magnífico «Alfa Romeo» que había frente a mi casa, pintado de rojo, ni en que la puerta de la calle estaba abierta.

Por tanto, me limité a empujar y me encaminé al ascensor.

Frente a mi apartamento saqué la llave y abrí. Vi luz filtrándose por debajo de la puerta que daba acceso al *living*. Mis nervios se tensaron como cuerdas de guitarra.

Avancé de juntillas, llevando la «Magnun» en la mano. Empujé la puerta silenciosamente y entré.

Entonces la vi.

Con una automática en la mano y, en pie, mirando algo caído sobre la alfombra.

Fui a mirar también, y debí hacer algún ruido, ya que ella se volvió como un crótalo.

Tuve el tiempo justo para evitar el balazo que me rozó el hombro por encima de la chaqueta.

Casi en el acto ella dejó caer el «Colt» 38 y corrió a mis brazos.

—¡Jim! ¡Oh, Jimmy!

Me besó. Ahogándome con sus labios, con el loco palpitar de su corazón, con su todo de diosa, pegado contra mí.

La sentí sollozar quedamente. Después que separó sus labios de los míos.

Doris Presle tenía el semblante demudado, y sus rojos labios temblaban, así como las aletas de su naricilla.

—Yo… yo no lo hice, Jim. ¡Yo no lo maté!

La aparté de mí suavemente y avancé hasta el centro del *living*. Examiné el cadáver inclinándome sobre él, pero sin tocarle, y luego clavé mis ojos en Doris.

Estaba temblando, con la mirada fija en el «Colt» 38, caído casi a sus pies.

—Explícate, ¿quieres?

No me contestó. Por tanto, la tomé de un brazo y la saqué de allí, lo mismo que si se tratara de una sonámbula. La hice sentar y preparé un par de *whiskies*.

—¿Cómo fue, Doris? —pregunté después que ella hubo bebido

un largo trago, y así que la noté más tranquila.

—Estaba así cuando yo llegué, Jimmy —dijo con temblorosa voz.

—Sí. Puede ser que sea verdad. Pero si es así, ¿puedes explicarme cómo tú tenías en la mano el arma que la ha matado? He examinado el orificio que Liz Murphy tiene en la frente, y apuesto el cuello a que la mataron con un «Colt» 38. La misma automática que te ha servido para disparar contra mí. ¿Puedes explicarme eso?

Me miró con los ojos agrandados por el espanto y vi cómo su hermoso cuerpo se estremecía de pies a cabeza.

—¡No lo hice yo, Jimmy! ¡Créeme! Yo… yo entré con tu llave. Vine a verte porque quería hablar contigo, saber si habías descubierto algo. Entré en el *living*. Ésa… Liz… estaba muerta. La automática a su lado. Sin saber lo que hacía la cogí. Luego… luego oí algo a mi espalda. Me volví completamente asustada. Por eso disparé. ¡Créeme, Jimmy! ¡Yo no maté a Liz Murphy! ¡No, no lo hice yo!

La miré. Comprendo que soy un imbécil, pero la creí.

—Te creo, Doris —dije con acento tranquilizador—. Ahora nos tenemos que poner de acuerdo. Hay que llamar a la policía.

Palideció tanto que creí iba a desmayarse.

—¿A la policía…? —preguntó en un balbuceo.

—Sí, querida. A la policía. Exactamente al teniente Morrison, de la Brigada de Homicidios.

Estaba asustada. La atraje contra mi pecho y la besé unas cuantas veces, hasta que conseguí que sus mejillas recobraran el color.

Y confieso que ni ella ni yo recordamos en aquel momento al hombre que tenía que morir en
Sing-Sing.

No, ninguno pensamos tampoco en que este hombre era el prometido de ella.

Al fin me separé de sus brazos y la miré pensativo mientras Doris permanecía callada.

No me gustaba el asunto. No me gustaba tampoco el teniente Morrison. Era un hombre entero y sagaz. El dársela a él iba a ser poco menos que imposible. Sin embargo, había que hacer algo.

Al fin me decidí.

—¿Te encuentras más tranquila? —pregunté.

—Sí; Si sigues creyendo en mí a pesar de que he disparado contra ti. ¡Oh, Jimmy! ¡He estado a punto de matarte!

Me confesé «in mente» que así era, pero lo relajé a segundo término.

—Bien, si es así, vamos dentro.

Miró con opresión la puerta del *living*.

—¿Es… es necesario? —preguntó.

—Sí. Muy necesario.

Se colgó a mi brazo.

—Dame un beso, Jimmy —pidió.

Se lo di en el acto. Luego tiré de ella.

Noté que se estremecía de nuevo a la vista del cadáver, y que después fijaba sus ojos en mí, esperando.

Me incliné y tomé el «Colt» en la mano. Luego saqué el pañuelo del bolsillo y procedí a borrar todas las huellas que el arma pudiera tener. Al terminar, la miré.

Me sonrió tristemente.

—Estás borrando las huellas del asesino, Jimmy —me dijo.

—Sí. Lo sé. Pero al mismo tiempo borro las tuyas. ¿Comprendes?

—Lo sé. Gracias. Y ahora…

—Ahora —la interrumpí—, quiero que me digas exactamente, si te acuerdas, en qué posición, y qué lugar ocupaba exactamente la automática cuando tú la recogiste del suelo.

Después de varias tentativas, la automática quedó en el mismo lugar que estuviera antes de la llegada de Doris a mi apartamento.

Entonces me acerqué al teléfono.

Al levantar el auricular, ella puso su mano sobre mi brazo.

—Jim —susurró muy quedo—, ¿qué les diré cuando vengan?

Sonreí y le guiñé un ojo con picardía.

—Te lo explicaré luego —repliqué—. Ahora, antes que nada, quiero telefonear al «Eco de Broadway».

—¿A tu perió…?

—Sí, querida. No olvides que ante todo soy un periodista. Quiero que esta noticia salga en edición extraordinaria antes que pueda intervenir la policía. Luego telefonearé a Alma y, finalmente, al teniente Morrison.

Me miró, sin comprender, y no hizo ningún comentario. Por lo tanto disqué el número de mi diario, y después expliqué todo lo ocurrido.

Al colgar la miré.

—Escucha bien lo que te voy a decir, nena —dije—. Cuando venga Morrison, tú no sabes nada. No has estado aquí para nada, al menos sola. Hemos pasado toda la tarde y parte de la noche juntos. ¿Entiendes? Al regresar hemos encontrado este cadáver aquí.

Quedó pensativa unos segundos y después objetó:

—Eso está bien, Jimmy. Pero el teniente Morrison averiguará que no es verdad. Hará indagaciones y…

—Lo sé —interrumpí—. Pero cuando haya averiguado algo, ya será tarde. Al menos en eso confío —agregué con fervor—. Mientras tanto voy a telefonear a Alma.

Disqué.

Al otro lado oí el timbre del teléfono repiquetear una y otra vez y comprendí que aquélla sin par belleza estaba durmiendo.

Seguí con el auricular pegado a la oreja. Alma despertaría alguna vez.

Al fin, y cuando ya mi paciencia estaba a punto de agotarse, oí su voz a través del micro:

—¿Quién llama?

—Soy yo, encanto, Jimmy Finney. Escucha, mañana o esta misma noche recibirás la visita de la policía. Tú y yo no nos hemos, visto, ¿entiendes? —Y acto seguido le puse en antecedentes de lo ocurrido en mi apartamento—. Ya lo sabes todo. De manera que ni una sola palabra.

—Pero, Jimmy… El propio Al Benson dirá que estuviste en el «Ancla de Oro», y que fui yo quien te acompañó. Elsa también puede corroborar esa afirmación.

—Lo sé, Alma. Pero necesito tener las manos libres, al menos durante cuarenta y ocho horas.

—Está bien, Jimmy, lo haré. Lo haré aunque me cueste ir a la cárcel por una temporada.

Reí sin ganas y colgué.

Luego, mirando a Doris, disqué el número de la policía.

Después, llevándola de la cintura, abandonamos el *living*.

CAPÍTULO VII

—De modo que ustedes pasaron la tarde juntos, hasta el momento de llegar aquí, ¿no?

Ya se habían llevado el cadáver de Liz Murphy. Ya los de las huellas, los fotógrafos y todo el gran aparato policial había abandonado mi apartamento cuando Morrison se encaró con nosotros.

Jack Morrison es tan alto y fuerte como yo. Rubio, de ojos grises, que ahora nos miraban fríamente, de mentón cuadrado y agresivo, y de una enorme vitalidad.

—Eso es lo que dijimos, teniente —repliqué.

Miró con gesto suspicaz a Doris.

—Hay tipos con suerte —dijo—. No me cabe en la cabeza cómo una mujer como usted, una de las primeras figuras de la televisión, una de las más famosas cantantes de Broadway, ha llegado a caer entre los brazos de un periodista como Jimmy Finney.

Doris frunció los labios en un gesto despectivo.

—Eso es cuenta mía, teniente. Nada le da derecho a inmiscuirse en mi vida privada.

—Estoy investigando un asesinato, *miss* Presle.

—Se está metiendo en mi vida privada, teniente Morrison. Eso no es investigar un asesinato.

No replicó en algunos segundos. Ahora nos miraba a ambos, como intentando calibrar nuestras declaraciones. Como intentando buscar un fallo en ellas.

Se puso en pie. Doris le imitó descruzando las piernas. Algunas puntillas de encaje asomaron por el borde de la falda. Al punto vi cómo los ojos de Morrison relucían, pero no por eso perdió su continente severo.

—¿Está dispuesto a jurar que pasó la tarde y parte de la noche con *miss* Presle, Finney? —me preguntó.

—Sí —repliqué secamente.

Volvió el rostro hacia ella.

—¿Y usted, *miss* Presle?

—También, ya que ésa es la verdad.

—Sin embargo, según noticias, Don Sharon era su prometido, ¿no?

—Sí. Pero ha dicho bien. Don Sharon «era» mi prometido. Por tanto, ya no lo es. ¿Algo más, teniente?

Me miró de nuevo, dando el efecto que quería taladrar mi cerebro.

—¿Puede referirme lo ocurrido hace algunas horas a tres *gangsters* en medio de la calle? Me informaron que murieron. Que alguien les mató. ¿Tampoco sabe nada de esto, Finney?

Reprimí un respingo y contesté con voz firme:

—Tampoco. ¿Es que tiene relación con este caso?

—Eso es lo que busco, Finney —achicó los ojos para añadir—: Voy a investigar punto por punto los pasos que dio ayer. Los de usted y los de *miss* Presle. Si me han mentido…

—¿Por qué cree eso? ¿Qué idea se le ha metido en los sesos? ¿Sospecha, que nosotros la matamos?

—Sospecho de muchas cosas, Finney —declaró fríamente.

—Dígame una, y veré de rebatirla, teniente —repliqué.

Sonrió.

Su sonrisa no me gustó, así como tampoco sus palabras:

—Por ejemplo, que usted entrara aquí, a las tantas de la madrugada, y que encontrara a *miss* Presle. Pongamos que con la automática en la mano. *Miss* Presle es conocida suya de antiguo, Finney. Sé que en tiempos la intervió un par de veces. Usted pudo muy bien borrar toda clase de huellas del arma, aunque confieso que aún no sé los motivos que podría tener para ello. Si lo descubro irá a la cárcel, como presunto complicado en un asesinato en primer grado.

—¿Qué motivos tenía para hacer eso, teniente?

—Uno muy poderoso que me callo. Cuando tenga pruebas de ello le detendré. Y tenga por seguro, Finney, que para sacarle del atolladero no bastará la influencia de su periódico. En cuanto a *miss* Presle…

Le interrumpí, y apenas haberlo hecho me di cuenta de que

había metido la pata.

—Ella, teniente, ¿qué motivos tenía para venir sola a mi apartamento a estas horas de la madrugada?

Esta vez Morrison sonrió ampliamente, lo que no cambió en nada los rasgos duros de su semblante.

—Ustedes me dieron a entender que eran amantes, ¿no? —Nos miró a los dos—. Ése es un motivo muy poderoso. Ése también pudo ser el motivo que le impulse a usted a no decir la verdad de lo sucedido aquí esta noche.

Se volvió caminando hacia la puerta. Con la mano en el tirador nos miró de nuevo.

—Bien, tórtolos —dijo con sutil ironía—, pueden quedarse aquí todo el tiempo que quieran, pero no vayan a parte alguna sin mi consentimiento. Y no olvide esto, Finney, si logro probar que usted no estuvo todo el tiempo con *miss* Presle, le hundiré, al menos que me diga ahora mismo la verdad de todo y, sobre todas las cosas, qué impulsó a la chica de Al Benson a venir a su apartamento a altas horas de la madrugada. ¿O es que acaso ella también sentía algo por usted? —terminó con ironía.

—Buenos días, teniente —dije.

Se fue sin replicar. Cerrando suavemente la puerta a su espalda, hasta lograr que el pestillo encajara en su sitio.

Nos miramos los dos, y ella corrió a mis brazos. No pude evitar el besarla.

Luego preparé dos *whiskies* con hielo y esperé sus preguntas. La primera llegó un segundo después de que Doris bebiera casi la mitad del contenido del vaso:

—¿Qué va a ocurrir ahora, Jimmy? Ese teniente hará lo que ha dicho. Nos detendrá mañana mismo. Cuando haga las comprobaciones pertinentes al caso.

Asentí en silencio y ella añadió:

—Me obligarán a declarar, y a ti también. Es un lío que no tiene solución.

—Hay una —dije lentamente—. Al menos por el momento. Necesito cuarenta y ocho horas, y que las tenga o no, depende de ti.

Me miró esperanzada.

—¿Qué hay que hacer, Jimmy?

La miré largamente antes de contestar.

—¿Estás muy enamorada de Don Sharon?

Me miró con sorpresa.

—Iba a casarme con él, Jimmy —replicó—. Creo que ya te lo dije.

—Eso no es contestar a mi pregunta, Doris.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Contesta, ¿quieres?

Hizo un gesto con la mano. Como si quisiera apartar de ella a una mosca demasiado molesta.

—No lo sé. Don Sharon tenía algo especial que cautivaba a las mujeres. Yo también sentí eso mismo. Ahora… Pero ¿qué tiene que ver mi supuesto amor por él con el caso presente?

Contesté a mi vez, y con otra pregunta:

—¿Conoces las leyes de este Estado, querida?

Me miró con gesto suspicaz. Luego abrió unos ojos, grandes como platos.

Había comprendido.

—¿Quieres decir que…?

—Es la única jugada que se me ocurre por el momento, Doris. Una jugada que mantendrá al teniente Morrison completamente inmóvil por unas horas. ¿Vamos?

Se puso en pie, mirándome a los ojos. Comprendí lo que estaba pensando. Comprendí que sus pensamientos tenían un nombre y que éste era el de Don Sharon, con el hombre que pensaba casarse.

Comprendí también que se acordaba de cierto cheque y del premio extra.

Esperé su decisión.

Al fin la adoptó. Mirándome fijamente, dijo:

—Sí. Vamos. Cuanto antes mejor. Morrison puede blocar todas las salidas de Nueva York, y entonces lo nuestro no tendría remedio alguno.

Asentí con un mudo gesto de cabeza, y ambos abandonamos el apartamento.

Una vez en la calle, admiré de nuevo el moderno «Alfa Romeo», y mucho más cuando ella abrió la portezuela y empuñó el volante con la corta falda muy por encima de la rodilla.

Al arrancar, fue cuando pensé en si todo aquello terminaría en una farsa más, o en una completa realidad, a pesar de su pasado un

poco turbulento.

A pesar de Don Sharon.

A pesar de los cincuenta mil dólares y un premio completamente extra.

Volamos hacia Jersey City, sin que ningún polizonte nos saliera al paso, adonde llegamos sobre las ocho de la mañana.

No nos detuvimos en la ciudad nada más que el tiempo imprescindible para ello. Unas dos horas o dos horas y media, al cabo de las cuales regresamos de nuevo a Nueva York, dispuesto yo, al menos, a dar la batalla al trío, o, mejor dicho, al dúo formado por Curtis y Al Benson.

A dar la batalla al teniente Morrison.

En la misma entrada de Nueva York, Doris detuvo el «Alfa» y me apeé. Desde el asiento del conductor, ella me miró largamente. Luego arrancó camino de su apartamento donde tenía que hacer unas cosas imprescindibles.

Lentamente me encaminé hacia una parada de taxis. Pero antes compré una edición especial del «Eco de Broadway».

Sus titulares, en letras grandes y negras, me hicieron sonreír:

> «ASESINATO DE UNA CANTANTE EN PLENO BROADWAY. EL DEPARTAMENTO DE HOMICIDIOS MOLESTA, CON RELACIÓN AL CRIMEN, A UNO DE NUESTROS MEJORES PERIODISTAS».

Seguí leyendo un par de páginas, hasta que mis ojos repararon en otro epígrafe no menos truculento:

> «Liz Murphy, cantante y bailarina del “Ancla de Oro”, es encontrada muerta en el *living* del apartamento de Jimmy Finney, nuestro redactor de sucesos. La policía opina que Doris Presle, la vampiresa cantante de la televisión neoyorquina, conjuntamente con nuestro redactor Finney, saben algo sobre este misterioso crimen. ¿Qué opina verdaderamente nuestro, querido teniente Morrison, de la Brigada de Homicidios? ¿Por qué no hace averiguaciones pertinentes en el “Ancla de Oro”, ahora propiedad de Al Benson y nos deja en paz a nosotros?».

Seguían otros más que no quise mirar, pero que leí más tarde, una vez arrellanado cómodamente en el asiento posterior del taxi que me conducía a la redacción.

Apenas llegar, Alma me salió al paso con una extraña expresión de alarma en el rostro.

—Jimmy —dijo— la policía ha estado aquí esta mañana. Te están buscando por toda la ciudad.

Me encogí de hombros.

—¿Lo han averiguado todo?

—Sí. Saben que Doris Presle no era la dama que estuvo en tu compañía.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo presumo. Morrison estuvo aquí, hablando con el director jefe. Por dos veces y, cuando pasó por mi lado, me lanzó una mirada que me hizo estremecer. Tengo miedo, Jimmy.

La acaricié pellizcándole la barbilla, pero no la besé.

—Morrison no puede hacer nada por ahora, Alma —dijo con una sonrisa—. ¿Sabes en concreto lo que quieren de mí?

—Algo he oído. Creo que existe una orden judicial para llevarte cuanto antes a presencia de Morrison en el Precinto 10.

—Gracias, Alma —sonreí—. ¿Está el viejo?

—Sí.

—¿Contento?

—Pues… Creo que sí. Este reportaje traerá nuevos clientes al «Eco de Broadway». ¿Quieres hablar con él?

Dije que sí, y ella se introdujo en el despacho privado del viejo.

CAPÍTULO VIII

Thomas Presing, «el viejo», como nosotros le llamábamos, era un tipo gordo y barrigudo. Completamente calvo y de unos cincuenta años de edad.

Levantó los ojos del papel que estaba mirando y, sin una sola palabra, me indicó que me sentara.

—¿En qué lío se ha metido ahora, Finney? —preguntó apenas hubo encendido su cigarrillo.

—En ninguno, que yo sepa —repliqué con perfecta calma.

Arqueó una ceja en señal de asombro.

—¿Sabe que le busca la policía para conducirle a presencia de Morrison?

—Sí.

—Al parecer no le preocupa esto, ¿verdad?

—Confieso que no mucho, míster Presing. ¿Por qué?

Saltó de la silla como impulsado por un muelle.

—¡Diablos! —exclamó—. ¿Y lo dice tan serio? Sé que en su apartamento han encontrado el cadáver de Liz Murphy, una de las cantantes del…

—Al parecer, míster Presing, usted olvida que fui precisamente yo quien dio esa información al «Eco de Broadway», ¿no?

Se sentó de nuevo clavando sus ojillos grises en los míos.

—¿Quiere explicarse de una vez, Finney? —inquirió.

—A eso iba. Estoy investigando la muerte de Ricori Talbot, por cuenta de Doris Presle.

Saltó de la silla con más ímpetu que antes.

—¿Quéeee? —estalló—. ¡Está loco, Finney! Si mal no recuerdo, un tal Don Sharon fue el asesino. Creo que le falta muy poco para ser ejecutado en la silla eléctrica.

—Tiene toda la razón en esto, míster Presing —aduje tranquilamente—. Pero hay un pequeño detalle: que Sharon no

mató a Ricori Talbot.

—¿Quién rayos lo hizo entonces, Finney? ¿Quiere contestarme a esto?

Sonreí; lo que acabó de sacarle de sus casillas.

Esperé a que se calmara y entonces le expliqué todo lo ocurrido desde que Doris me visitara, aunque callé el detalle más importante: mi jugada a Morrison.

—De acuerdo, Finney —me respondió—. Pero la policía le busca. Le meterán entre rejas por lo ocurrido en su apartamento. Morrison sabe que Doris Presle no fue la mujer que le acompañó toda la tarde. Sabe todos sus movimientos, así como los suyos propios. Finney, ¿qué piensa hacer?

—Nada, porque ya lo he hecho —me miró con asombro—. He jugado una carta que tenía escondida en la manga, míster Presing. Morrison no tendrá más remedio que buscar por otra parte, o detener solamente a Doris, acusada tal vez del asesinato, con lo que a mí me dejará las manos libres por el momento. Pero que lo haga después de darme tiempo para desaparecer unas cuantas horas. Creo que con cuarenta y ocho tendré más que suficiente.

—¿Cómo lo va a conseguir?

—Permita que me lo calle por ahora, míster Presing. La bomba la soltaré al final —me puse en pie—. Ahora quiero pedirle algo. Hace falta que para esta noche salga otra edición extra. Hablaré con Pool Kane para que componga el artículo. ¿Le parece bien?

—Sí, si me dice de qué se trata.

—Verá —hice una patosa para pensar durante unos segundos—. Mi idea es —añadí—, que salga un artículo que diga que esta mañana, yo he sido detenido acusado de asesinato, por lo menos de complicidad con el mismo, y que he sido puesto inmediatamente en libertad.

—Muy seguro está de ello, Finney. Yo no fiaría en el teniente Morrison.

—Tampoco yo, míster Presing. Por eso hice algo que momentáneamente le impedirá actuar contra mí, y esto es precisamente lo que quiero callar —hice una pausa y añadí—: Bien, como pregunta final del artículo de esta noche, quiero que el «Eco» pregunte qué relación existía entre Curtis, Talbot y Benson, para, finalmente, añadir si Don Sharon, el hombre que espera la muerte

en
Sing-Sing,
estaba también incluido en el «Trust» que formaba el trío.

—¡Eso no lo haré! ¡Es dinamita pura!

Le miré atentamente.

—De acuerdo —dije—. No lo publique. Pero si esta noche no aparece esa edición en el «Eco», mañana por la mañana, compre un ejemplar del «New York Tribune».

Dio un paso atrás y se dejó caer en la silla.

—No será capaz de hacer eso, Finney.

Sonreí, ya con la mano en el tirador de la puerta.

—Buenos días, míster Presing —dije alegremente.

De pasada tiré un beso con la mano a Alma, y salí a la calle. No había policías a la vista, por lo cual respiré un poco satisfecho. Acto seguido tomé un taxi y me hice conducir a mi apartamento.

La policía estaba allí. Un hombre de uniforme y otro de paisano, charlando amigablemente con el portero.

Éste fue el primero que me vio descender del taxi, y capté perfectamente la seña que le hizo al polizonte.

El hombre vestido de paisano se acercó a mí con el rostro ceñudo.

—¿Es usted Jimmy Finney, redactor del…?

—Yo mismo —de interrumpí.

Sacó un papel del bolsillo y me lo entregó. En él se me rogaba que me presentara rápidamente en el Precinto 10, y que no intentara bajo ningún pretexto ausentarme de Nueva York.

Guardé el papel y le miré.

—Suban conmigo —dije—. Voy a afeitarme y a darme una ducha. Creo que con la vigilancia de los dos, no tengo escape posible, ¿verdad?

—No, no lo tiene, míster Finney. Y lamentándolo mucho, debo decirle que tiene que venir con nosotros ahora mismo.

Suspiré.

—Vamos.

Subí al automóvil policial y nos trasladamos al Distrito V, a toda velocidad, y haciendo sonar la sirena en todo el trayecto.

Doris estaba allí. Eso fue lo primero que vi al entrar en el pequeño despacho de Morrison, sentada en una silla, perfectamente

tranquila, con una pierna encima de la otra, mostrando generosamente sus hermosas rodillas, y algo más también, mirando al teniente que con los ojos como ascuas la miraba a su vez.

Los apartó al instante cuando entré, y su sonrisa no fue nada de agradable, cosa que no me inmutó en lo más mínimo.

—Bien, bien, míster Finney —exclamó con ironía—. Siéntese, ¿quiere?

Lo hice a un lado, teniendo a Doris a mi derecha. Miré a Morrison.

—¿Por qué se me detiene, teniente? Formule un cargo formalmente, o déjeme marchar. Estoy en mi derecho, ¿no?

Me señaló con el dedo en ademán acusador.

—He presentado el cargo, míster Finney. Está acusado de complicidad en el asesinato de Liz Murphy.

Dejó caer las palabras una a una, fríamente.

—¿Cómo piensa probar eso, teniente?

—Lo he probado ya. *Miss* Presle, aquí presente, no fue la dama que le acompañó ayer al «Ancla de Oro». *Miss* Presle estaba ya en su apartamento cuando usted llegó, junto al cadáver de Liz Murphy. Ella tenía la automática en la mano y usted borró las huellas. Encubría así a su amante, creyendo que iba a salir de ésta.

—¿Ha declarado ella eso?

—No. Aún no. Pero sé que lo hará. Persistir en una negativa es perjudicial para ambos —nos miró atentamente, y luego preguntó a Doris—: *Miss* Pres —le, quiero que me diga la verdad a toda costa. Fue míster Finney quien borró las huellas de la automática, ¿verdad? Usted estaba allí, usted mató por celos a Liz Murphy. Confiéselo. El tribunal será magnánimo con usted.

—Eso es una imbecilidad, teniente —fue lo que ella replicó—. Yo no vi nada de eso.

—Está mintiendo, *miss* Presle, y eso agrava su situación. Sé que míster Finney estuvo hablando con la Murphy en el «Ancla de Oro». Seguramente concertando una cita con la prójima. Usted la sorprendió en el apartamento de éste y no vaciló en usar la automática. ¿No es así como sucedieron las cosas? Se cegó por celos, ¿no?

—Quiere decir que a pesar de estar prometida a Don Sharon, yo… y míster… ¡Eso es absurdo, teniente!

Morrison no replicó. Volvió el rostro hacia mí.

—Voy a encerrarles a ustedes dos —dijo—. Hasta que confiesen. Tengo las suficientes pruebas para hacerlo y usted lo sabe, Finney. Por tanto, lo mismo si confiesan como si no, van a ser presentados ante un tribunal. Espero que le condenen. A la una como asesina, y al otro como encubridor de un crimen, hecho a sangre fría.

Sonreí. Había llegado mi momento.

—¿Cómo nos va a detener, teniente? ¿Espera a que uno de los dos declare en contra del otro?

—Eso espero. Usted lo hará, Finney. Usted dirá lo que yo quiero que diga. El tribunal, si da con un buen abogado, y nos ayuda a probar que *miss* Presle ya estaba en su apartamento cuando usted llegó, junto al cadáver de la Murphy, puede darle la absolución, o en el peor de los casos, arreglarlo todo con una fianza. Esto lo sabe usted también, Finney. ¿Qué tiene que contestar a esto?

—Sólo con una pregunta, teniente —e hice una larga pausa para causar mayor impresión con mis siguientes palabras—: ¿Desde cuándo en el Estado de Nueva York un marido puede declarar contra su mujer o viceversa?

Soltó una exclamación intranscribible, y se puso en pie, derribando la silla en que se sentaba.

—¡Infiernos! —estalló—. Eso no puede ser —miró a Doris que sonreía y calló con el rostro rojo ahora, vuelto hacia mí—. Diga que no es verdad, Finney, que usted no ha podido hacerme esa jugada.

Por toda respuesta saqué un papel, que le tendí con toda sencillez.

Lo leyó con el rostro lívido de cólera. Después me lo devolvió diciendo:

—No olvidaré esto, Finney. Pero si ahora le ha salido bien, no espere disfrutar de su triunfo mucho tiempo. Ni usted ni *mistress* Finney. Tarde o temprano averiguaré lo que quiero saber.

—Puedo hacerle una nueva declaración si lo desea, teniente —dije.

—¡Váyase al diablo!

—¿Quiere decir con esto que podemos irnos?

—Sí… por ahora. Pero no abandonen Nueva York sin mi consentimiento.

Adiviné que se proponía investigar todo lo relacionado con mis

movimientos en los últimos días, así como los efectuados por Doris.

Me puse en pie yendo hacia ella. La tomé de un brazo.

—Vámonos, querida.

Llegamos a la puerta sin que el teniente Morrison osara miramos. Desde la misma lancé mi último dardo:

—¡Lea esta noche la edición extraordinaria del «Eco de Broadway», e investigue después, teniente! Me crea o no, es una buena pista la que le ofrezco, ya que lo uno va ligado a lo otro.

Vi sus ojos fijos en mi figura y salí, cerrando cuidadosamente la puerta a mi espalda.

Cuando llegué a la calle, Doris estaba en el interior de un taxi. Me acomodé junto a ella.

—¿A dónde vamos, Jimmy? —preguntó.

—A tu apartamento —contesté—. Supongo que no tendrás ningún inconveniente, ¿verdad?

—Eres mi marido, Jimmy —observó sencillamente, para añadir casi en el acto—: ¿Qué pasará ahora?

—Nada. Al menos eso espero. Antes de que la policía empiece a buscarme de nuevo, para hacerme más preguntas, alguien se pondrá en evidencia mucho antes, porque tú vas a decirme la verdad, Doris. ¿Verdad que sí?

Me miró sin replicar. Luego se recostó contra el respaldo del asiento y cerró los ojos.

No insistí.

CAPÍTULO IX

Fue en su apartamento y, mientras recogía unas cuantas cosas, cuando preguntó:

—¿De veras estás dispuesto a llevarme a tu casa, Jimmy?

—Sí —repliqué—. Lo contrario, no haría nada más que acentuar las sospechas del teniente Morrison.

Pareció por un momento contrariada por mi respuesta, pero casi al instante se rehízo y me hizo otra pregunta:

—¿Qué verdad quieres saber, Jimmy? ¿En qué te he mentido yo?

—A tu segunda pregunta te responderé que aún no lo sé. A la primera, es que quiero saber toda la verdad sobre tus relaciones con Don Sharon. Comprenderás que sin pasarme de listo, me llame la atención todo lo ocurrido entre nosotros dos, siendo tú la prometida de Don Sharon. También llama la atención esos cincuenta mil dólares que me ofreciste si lograba averiguar quién fue el verdadero asesino de Ricori Talbot. Es un contrasentido, ¿no? ¿Quieres explicarte, por favor?

Me miró largamente y, después, en el más completo silencio, se puso a recoger sus cosas.

Fue unos minutos más tarde cuando empezó a hablar, y a medida que lo hacía, supe cuáles, eran sus relaciones con Don Sharon, por qué se iba a casar con él, y por qué quería que salvara el pellejo, además de la seguridad que tenía de que él no era el asesino.

Y, finalmente, supe también por qué aquella noche había ido a mi apartamento, encontrándose con el cadáver de Liz Murphy.

Media hora más tarde, llevándola del brazo, salimos a la calle y emprendimos el camino de mi apartamento, en el «Alfa Romeo» de ella.

Frente a frente los dos, nos miramos un tanto nerviosos. Después

yo di media vuelta, diciendo:

—Puedes poner todos esos chismes donde quieras, querida, mientras yo me ducho y me afeito.

Sin esperar respuesta la dejé sola y me encaminé al cuarto de baño.

Cuando salí de él, Doris no estaba en el *living*. Me preparé un *whisky* con cubitos de hielo, mirando las dos puertas que daban a sendos dormitorios, los únicos que tenía mi apartamento.

Las puertas estaban cerradas. ¿En cuál de ellos se había metido Doris?

Bebí pensando que era ella y no yo la que tenía que escoger el camino a seguir.

Lo terminaba ya, cuando Doris abrió la puerta. En el acto supe el camino que elegía mi mujer. Me puse en pie soltando el vaso sobre la mesa ratona.

Ambos nos miramos seriamente. Luego ella sonrió.

—Jim —empezó— yo he pensado que…

Avancé hacia ella y calló.

Cuando la tomé por la cintura, musitó quedamente:

—¡Oh, Jimmy! Y a pesar de…

—A pesar de eso.

No pudo responder. Mis labios cerraron su boca mientras ella ceñía sus brazos en torno a mi cuello.

Fue después, cuando ya las primeras luces caían sobre Nueva York, sumiendo la ciudad en sombras, cuando miré mi reloj.

—¡Diablos! —exclamé—. ¿Es que hoy no actúas?

Se pasó una mano por su enmarañado cabello y con los ojos brillantes replicó:

—No, querido, hoy es mi día de descanso.

Suspiré.

Suspiré porque yo tenía que irme. Tenía que dejarla sola.

Me incorporé y, bajo la vigilancia de sus ojos, me puse la chaqueta encima de las correas y la funda con la automática.

Llegando a la puerta, sin moverse de donde estaba, preguntó:

—¿A dónde vas, Jimmy?

Se lo dije y entonces se incorporó echando por alto sus magníficas piernas.

—Voy contigo, querido —afirmó.

Denegué primero con la cabeza.
—No, Doris. Prefiero que te quedes aquí.
—Ni lo sueñes. Puedo hacerte falta. Por otra parte, nadie si no Morrison sabe que estamos casados. Te avisaré si ocurre algo en torno. Podrás trabajar tranquilo.
La miré largamente.
—¿Cuál es tu idea?
—Una y bien sencilla, Jimmy. Entretener a toda costa a Al Benson. Soy conocida en todo Broadway y he ido más de una vez al «Ancla de Oro». No sospecharán de mí. Te… te ayudaré, Jimmy. Por otra parte, no quiero dejarte solo.
—¿Celosa?
—No, Jimmy. No siento celos de ninguna mujer. Sé que me he metido dentro de ti más hondo que ninguna. Estoy segura de ello. ¿Qué decides, querido?
No me gustaba.
No podía gustarme aquella idea.
—Lo dicho —repliqué—. Te quedas aquí, Doris.
Sabía cómo hacerlo.
Por tanto, vino hacia mí moviéndose como una pantera. Se colgó a mi cuello.
La idea seguía sin gustarme. Pero media hora más tarde claudiqué.
—Está bien, querida —dije—, tú ganas.
Salimos una hora más tarde, lo que tardó ella en arreglarse, y no quise mirarla mucho, o confieso que no hubiera salido de allí, por muchos Don Sharon que estuvieran a punto de morir en
Sing-Sing.
Por muchos *gangsters* asesinos que hubiera en Nueva York.
Alma me cortó el resuello cuando la vi por primera vez con vestido de noche, pero Doris le daba ciento y raya. ¿Qué importaba ahora todo lo demás?
Se colgó de mi brazo, envolviéndome en su cálido y fino perfume, y me arrastró materialmente hasta la calle.
El «Alfa Romeo», conducido por ella, me condujo hasta una cuadra antes de llegar al «Ancla de Oro».
La besé en los labios antes de apearme y, luego, cuando Doris arrancó, pegado a las fachadas de los altivos edificios, me fui

acercando lentamente hacia el club.

Al pasar al interior, miré de soslayo al portero, pero, al parecer, el individuo era nuevo y no me conocía.

Una vez dentro y, procurando pasar inadvertido entre los espesos cortinajes, lancé una mirada en torno. Luego desvié los ojos hacia la barra.

En la encerada pista, encandilando los ojos, con sus magníficas piernas descubiertas, Elsa se movía como una sierpe.

En la barra había algo más.

Con sendos vasos en la mano, vi a Al Benson, al parecer en amigable charla con el teniente Morrison, y a Doris, mi esposa.

En la mano derecha, Morrison tenía un arrugado periódico. Sin saber por qué me entraron ganas de reír. ¿O sí que lo sabía?

Estaba seguro de ello. Apostaría cualquier cosa que el periódico que Morrison llevaba en la mano era un ejemplar del «Eco de Broadway», y que éste hablaba de mí, y del asesinado Ricori Talbot.

Las luces estaban semiapagadas. Sabía que no se encenderían del todo hasta que Elsa dejara de actuar en la pista. Por otra parte, el foco que la alumbraba hacía resaltar aún más la penumbra en que se encontraba sumido el local.

Abandoné los cortinajes y me encaminé rectamente a la escalera que partía de los lavabos hacia el piso superior. Procuré hacerlo con toda naturalidad, y creo que lo conseguí, ya que alcancé el piso alto, y luego el despacho de Benson sin que nadie me molestara.

Sin que nadie reparara en mi presencia.

La puerta estaba abierta, pero yo la cerré a mi espalda tan pronto como hube entrado.

Tanteando por entre los muebles me acerqué a la ventana y después de mirar la calle las corrí. Hecho esto, saqué mi pequeña linterna y la paseé en torno después de cambiar la «Magnun» de la funda de la axila al bolsillo de la americana.

¿Por dónde empezar?

Me acerqué a los cajones del despacho. Dos de ellos estaban abiertos y el del centro cerrado. Registré ambos sin resultado y luego, valiéndome de la hoja del cortaplumas forcé la cerradura.

Nada. No había nada allí de lo que había ido a buscar.

El tiempo pasaba volando. Inconscientemente me daba cuenta de ello, y del mismo modo aceleré mi búsqueda.

El armario empotrado en la pared, cuya puerta encontré abierta, tampoco me reveló nada de particular.

Decepcionado di un suspiro y apagué la lamparilla de bolsillo.

Salí al pasillo.

Apenas lo hube hecho, mis nervios se tensaron como cuerdas de guitarra. No veía a nadie, pero un sexto sentido me avisaba de que allí había alguien esperando.

El pasillo estaba ahora a oscuras, y cuando yo lo atravesé, la luz de las lámparas brillaban en todo su esplendor.

Empuñé la automática intentando taladrar con los ojos las tinieblas que me envolvían. Mas era un vano empeño. No veía más allá de mis narices.

Mascullé una imprecación entre dientes y, lentamente, con la espalda pegada a la pared, me aparté de la puerta.

A mi juicio no hice ningún ruido, pero al instante vi cómo las tinieblas que había frente a mi eran rasgadas por un agudo cuchillo de luz.

Al instante oí el ahogado «ploff» de una automática provista de silenciador, y el golpe de la bala cuando se estrelló contra el marco de la puerta. Apreté el gatillo hasta tres veces consecutivas tirando contra el fogonazo.

La «Magnun», desprovista de silenciador, me hizo el efecto de que acababa de disparar con un cañón.

Entonces y, por encima del eco de los disparos, oí un grito de agonía, luego el sordo choque de un cuerpo al dar contra el suelo.

No me moví.

Esperando no sabía qué.

No tardé en saberlo. Un segundo después, la luz iluminó todo el pasillo.

Ahora eran dos.

Dos *gangsters* que salían de una de las habitaciones llevando las automáticas en las manos.

Me dejé caer al suelo mientras disparaba. Uno de ellos abrió los brazos en cruz y se vino a tierra, mientras que su compañero recibía el plomo en la rodilla.

Aulló como un becerro dentro de un matadero, y se revolcó por el suelo después de dejar caer la automática.

Retrocedí de espaldas, y bien rápidamente cuando abajo, en el

salón, oí el nada musical pito de la policía.

Tuve que entrar en dos habitaciones antes de dar con la escalera de escape para caso de incendios.

Descendí por ella, oyendo con entera claridad el tumulto que se había organizado en el «Ancla de Oro».

Ya en la calle corrí, pero lo hice hasta la próxima esquina. Desde allí, procurando dominar mis nervios, alcancé el «Alfa Romeo» de Doris. Abrí la portezuela, y alumbrado tenuemente por la luz del «tablier» tomé un papel y escribí:

> «Lárgate a un hotel. Es necesario que no te encuentren ni en tu apartamento ni en el nuestro. Te quiero».

No firmé, ni hacía falta.

Apagué la luz del «tablier» pensando en Curtis y en Marta.

En los dos al mismo tiempo. Y en aquellos papeles que necesitaba, y que no había encontrado en el despacho de Al Benson y que, sin ir más lejos, aquella misma noche habían costado la vida de dos *gangsters*, mientras el tercero quedaba malherido.

Entonces me volví para salir, y en el acto dejé caer las manos con desaliento.

CAPÍTULO X

Sonriendo beatíficamente, frente a mí, con dos agentes de uniforme, se encontraba el teniente Morrison.

A su lado, con una sonrisa burlona en sus labios, Doris.

Estuve a punto de maldecirla, pero no lo hice. Dicen de mí, cosa que pongo en duda, que soy un caballero.

—¿Fuiste tú, querida? —pregunté con un dejo de ironía.

—¿Yo qué? —preguntó a su vez.

—La que dijiste a Morrison dónde podía encontrarme. Donde era más probable que me encontrara, ¿no?

Doris hizo más amplia su sonrisa.

—Sí, gatito —dijo tranquilamente—. El teniente Morrison sentía enormes ganas de hablar contigo y yo le facilité el camino.

Me volví para tomar la nota que había dejado en el «tablier». Iba a romperla cuando el teniente Morrison me la arrebató de la mano. La leyó, y después fijó sus ojos en los míos:

—Teme por ella, ¿verdad, Finney?

La suavidad de su pregunta me puso en guardia.

—Sí —repliqué secamente—. Después de lo de esta noche, mucho más.

—Pues no tema. Dos de mis hombres montarán guardia permanente en su apartamento mientras dure esto.

—Tanta amabilidad por parte de usted me confunde, teniente.

Apenas pronunciadas estas palabras oí el ruido de la ambulancia policial y también me di cuenta que varios agentes más despejaban el público que iba llenando las aceras.

Morrison se percató de ello y se dirigió a mí:

—La organizó buena esta noche, ¿no, Finney?

Me volví a mirarle.

—Puede que sí —hice una pausa y pregunté—: ¿Va a detenerme?

—No lo sé aún, Finney —replicó—. Si he de hacer caso a Al Benson, sí. Pero no lo sé —me miró especulativo—. Desde luego, tendrá que acompañarme al Precinto.

—¿Por qué? Disparé ahí arriba, pero fue en defensa propia. Si no lo hubiera hecho, a estas horas el muerto sería yo.

—No lo dudo, Finney —sacó el arrugado periódico del bolsillo y me lo mostró—. Tendrá que venir conmigo. Quiero que me explique el significado de lo que dice aquí. Puede ir con *mistress* Finney si lo desea, o conmigo.

No había ominosidad en sus palabras, cosa que me sorprendió.

Mirándole a los ojos asentí con un movimiento de cabeza y penetré en el «Alfa Romeo». Como cosa natural y lógica, prefería la compañía de Doris.

Arrancamos minutos después, y media hora más tarde estábamos en pleno distrito V, en el Precinto 10. Sentados frente a frente del teniente Morrison, el cual había dejado el periódico sobre la mesa.

Mirándonos y con toda parsimonia, encendió un cigarrillo y, luego de lanzar al techo varias bocanadas de apestoso humo, preguntó:

—Ahora espero que se explique, ¿verdad?

—Es poco lo que hay que contar —dije entrecerrando los ojos, para en el acto continuar con el relato hasta el momento presente, pero callando muchas cosas importantes, sobre todo, lo concerniente a las explicaciones que me había dado Doris—. Por eso fui al «Ancla de Oro» esto noche, teniente Morrison —terminé.

Sus ojos fueron de Doris a mí por espacio de varios segundos.

—No me gusta nada esto, Finney —dijo al fin—. No me cabe en la cabeza nada de lo que me ha dicho.

—Se refiere a Don Sharon, ¿verdad?

—Sí, a él me refiero. A él y a Al Benson. Sé que desde este momento su pellejo no valdrá un comino, Finney, y yo nada puedo hacer por protegerle —calló unos segundos y después disparó la pregunta, que sonó a mis oídos como un pistoletazo—. ¿Cómo supo la existencia de esos papeles, Finney?

Vacilé. Aquello no era de mi incumbencia.

No era un secreto mío. Pertenecía, única y exclusivamente, a Doris.

No la miré. No podía hacerlo en modo alguno.

Jack Morrison era en extremo suspicaz.

Pero, ante mi sorpresa, fue Doris la que intervino diciendo:

—Será mejor que se lo digas, querido.

Ahora sí que la miré. Doris mantenía los ojos fijos en la puntera de sus zapatos.

Respiré con fuerza mirando ahora al teniente.

—No me gusta hablar de ello, teniente —dije con rencor—. Pero voy a hacerlo porque ella me lo pide. Verá… Se trata de Doris, como ya habrá supuesto. Doris empezó muy bajo en Broadway. Mucho. Creo que no hace falta entrar en detalles, ¿verdad? Bien. Comenzó a subir como todas. Yo la ayudé un par de veces. Pero eso no viene al caso.

Hice una pausa, que duró lo que tardé en encender mi cigarrillo, y después añadí:

—Un par de años más tarde, cuando ya tenía dinero, cuando ya era alguien en Broadway y en la televisión, Doris conoció a Don Sharon. Don era un empleado de Ricori Talbot, al menos en apariencia, ya que la realidad era muy otra. Eran socios, teniente Morrison. ¡Socios en un negocio sucio! ¡Chantajistas al por mayor! Al Benson también tenía negocios con ellos, aunque en pequeña escala. Le digo esto para que comprenda mejor cuál es mi idea.

»Por tanto, volvamos a Doris y a Sharon. Desde el primer día, Sharon la asedió continuamente. En vista de que no conseguía nada de lo que esperaba en una mujer como ella, empezó a extorsionarla. Primero, con pequeñas cantidades, que fue elevando paulatinamente a medida que se iba informando del capital que ella empezaba a acumular gracias a su garganta y a su arte. Al fin llegó la mayor petición, y ahora no fue en moneda, sino ella misma. Sharon deseaba casarse. Fue una idea brillante, y Doris no tuvo más remedio que acceder. El… él tenía en su poder papeles, cosas comprometedoras para ella. Algunas, si se llegaban a publicar, la hundirían definitivamente en Broadway, y tal vez en todo el Estado. Sharon amenazó con ello, y Doris no tuvo más remedio que transigir.

»Si Sharon cumplía su amenaza, todo su pasado surgiría a la luz, y aquello acabaría con ella. En fin, teniente Morrison, se prometieron, pero Sharon, guardó los papeles.

»Ahora, a partir de este momento, ya sólo son suposiciones mías. Sospecho que Ricori Talbot tenía también papeles comprometedores de Curtis y tal vez, o sin tal vez, de Al Benson. Por mediación de Sharon empezaron a chantajearlos también.

»Pero ni Curtis ni Benson eran Doris Presle, ¿comprende? De una forma u otra supieron, y esto también lo sospecho, después de infructuosas pesquisas, que no dieron resultado ni en casa de Curtis ni en la de Benson, que era Sharon quién guardaba aquellos papeles. Registraron su apartamento y los encontraron, junto con la pistola de éste. Fue fácil envolverla en un pañuelo, ir a casa de Talbot, disparar con ella, y dejarla caer junto al cadáver.

»La policía detuvo a Sharon acusado de asesinato en primer grado. ¡Ah! Debo decir que Curtis o Benson, el que fuera de los dos, hizo las cosas bien. Al matar a Talbot, tuvo en cuenta de que éste había reñido violentamente con Sharon, y que éste le amenazó de muerte.

»Fue llevado a prisión, juzgado y condenado. Pero Doris no podía estar quieta. Ella también sospechaba algo de esto. Estaba segura de que los papeles y fotografías que la comprometían estaban ahora en poder de uno de los dos *gangsters*. Necesitaba recuperarlos. Para eso sólo tenía que hacer una cosa y la hizo.

»Recordó a un periodista, que sin llevarle nada a cambio le había hecho un par de favores. Pequeños, pero favores. Fue a verle, y le ofreció cincuenta mil dólares para salvar de la silla a Sharon, aunque éste no era su verdadero deseo, sino hacer saltar a Curtis y a Benson, con objeto que ese periodista diera con los papeles, y se los entregara o los rompiera.

Callé mirando a Doris que mantenía los ojos con obstinación en la puntera de sus zapatos. Después vi cómo Morrison la miraba de soslayo, para, acto seguido, volver los ojos hacia mí.

—¿Cómo cree que Al Benson o Curtis supieron lo de los papeles, Finney?

—No olvide que Marta Sullivan era la chica de Talbot, y que al mismo tiempo se entendía con Mike Curtis. Sospecho que fue ella quien le dio el soplo, sabiendo que con Curtis sacaría, posiblemente, más que con Talbot, que tenía fama de tacaño. La prueba es que les he visto juntos en el apartamento de ella.

—Otra pregunta más, Finney: ¿Por qué murió Liz Murphy en su

apartamento?

Sonreí recordando mi primera, entrevista con el teniente Morrison.

—¿Ya no sospecha que la asesinó por celos mi esposa, teniente? —pregunté mordaz.

—¡Váyase al cuerno, Finney! —replicó—. ¿Quiere o no quiere contestar a mi pregunta?

—Fui a verla al «Ancla de Oro». Al Benson —aquí miré de soslayo a Doris y agregué— nos sorprendió besándonos. Esto, y lo que hablamos antes de Don Sharon, debieron asustarla hasta tal punto que cuando acabó su actuación fue a buscarme. Benson no era tonto, no lo es, y la mandó seguir sospechando que ella iba a contarme algo importante, poniéndose con ello bajo mi protección. ¡Fue una lástima que muriera, teniente! Si logro probar quién lo hizo, ese bastardo no se irá de vacío. El resto, creo que lo sabe usted tan bien como yo, teniente.

—¿Quién cree que mató a Talbot, sino fue Sharon?

—Cualquiera de los dos pudo hacerlo. Sharon será un chantajista, pero no un asesino.

—¿Por qué no habló cuando se le detuvo?

—No fue por miedo a la cárcel, teniente. Fue porque ya nada podía hacer. Nada podía decir tampoco. Los papeles que comprometían a Benson y a Curtis no obraban ya en su poder. No tenía pruebas de nada. ¿Qué podía hacer? Nada, Morrison. No podía hacer nada.

—Entonces, por eso fue usted esta noche al «Ancla de Oro», ¿no? ¿Encontró algo?

—No. Al Benson, al menos en su despacho, no tiene los papeles.

—¿Qué piensa hacer ahora, periodista?

Me encogí de hombros.

—Confieso que no lo sé —repliqué casi en el acto. Pero sí que lo sabía, o al menos tenía una idea de ello.

Entonces fue cuando Morrison se puso en pie. Me miró largamente y dijo enseñando los dientes en su perenne sonrisa beatífica.

—Pues yo se lo diré, Finney; irse a la cama, y olvidarse de este asunto. He mandado a su apartamento a dos de mis muchachos. No creo que Benson ni Curtis se atrevan con ustedes estando la policía

al acecho.

No estaba yo tan seguro de ello, pero me lo callé.

Después repliqué a sus palabras:

—¿Por qué he de abandonarlo ahora, Morrison? Quiero hacerle confesar a uno de esos dos, bastardos el asesinato de Ricori Talbot. Quiero también esos papeles. Son… son de Doris. Son de ella, y eso es algo que sólo a nosotros nos incumbe —le miré esperando que dijera algo, y en vista de su silencio, añadí—: Escuche, teniente, ¿por qué no me da carta blanca por unas horas? Procuraré no salirme de los límites que marca la Ley, pero deseo trabajar a mí manera. Después, después, los laureles serán para usted. Tengo entendido que no intervino para nada en la captura de Don Sharon. Esto le puede ascender. Yo, sólo deseo un buen reportaje. ¿Qué decide?

Volvió a mirarme largamente. Luego se fijó en Doris que seguía con los ojos bajos, y entonces habló sin mirarme:

—Doce horas, Finney. Doce horas, pero si al cabo de ellas no me trae pruebas de todo, creo que va a tener un disgusto. Al Benson denunció su visita al «Ancla de Oro». Ha habido dos muertos y un herido. Sea en defensa propia o no, usted allanó una morada. Lo sentiría por usted, pero comprenda que no puedo hacer otra cosa.

Abandoné la silla y tomé del brazo a Doris, que me sonrió algo tristemente.

—Vámonos a dormir, querida —dije para que me oyera Morrison.

Pero no pensaba hacerlo.

—Sí, vamos.

Su voz fue un tenue susurro. Sin esforzarme mucho adiviné en lo que estaba pensando, y deseé más que nunca hacerla olvidar. Devolverle la tranquilidad.

Junto a la puerta dije por encima del hombro:

—Sean las doce horas, teniente, y gracias.

Salimos.

El «Alfa Romeo» conducido por Doris empezó a rodar.

Pensé entonces en mi idea anterior.

En Marta Sullivan, Mike Curtis y Al Benson.

Un buen trío.

Un magnífico trío donde lo hubiera.

Sonreí.

Doris debió verme por el espejo retrovisor, ya que preguntó en el acto:

—¿En qué piensas, querido?

—En ti —repliqué sin vacilar.

—Mientes mal, Jimmy —replicó.

Me eché a reír silenciosamente.

—¿Tanto se me nota, ricura?

—Bastante. Mira si se te nota que voy a decirte en qué estás pensando; apuesto a que en Marta y sus dos acompañantes. Apuesto también a que adivino a dónde quieres ir.

Miré el reloj del «tablier» por toda respuesta. Luego la miré a ella.

—Está bien, tú ganas, Doris —dije—. Llévame al apartamento de Marta Sullivan. Hace cinco minutos que terminó su actuación en el «Ancla de Oro». Apenas si nos queda tiempo para llegar antes que ella.

Aceleró sin replicar.

Nos detuvimos en la esquina inmediata a dónde vivía. Abrí la portezuela y Doris me tomó del brazo.

La miré a los ojos.

—¡Jimmy! Yo… no deseo que vayas. Tengo miedo. Mike Curtis puede estar en el apartamento, esperándola.

Rechiné los dientes. No deseaba otra cosa. Acababa de recordar que él había lanzado ya sus baterías en contra mía.

—No lo creo —dije para tranquilizarla.

Salté del automóvil a la acera.

—Vete y busca un hotel, ricura —añadí.

—Ni lo sueñes, querido. Desde aquí no se ve el «Alfa». Pienso esperarte hasta que salgas, o ir a buscarte si tardas mucho, aunque antes telefonearé a la policía.

No podía replicar. No tenía tiempo para intentar convencerla. Por tanto, me encogí de hombros, y acto seguido, caminé aprisa por la acera.

Algún distraído inquilino había dejado abierta la puerta del portal. Bendije mi buena estrella y entré tranquilamente.

El portal era pequeño… La oficina de recepción vacía a aquella hora, y al fondo, separado de ella por dos o tres yardas, la cabina

del ascensor, a oscuras.

Me pegué a la pared de madera de la oficina de recepción y esperé a que Marta Sullivan llegara.

CAPÍTULO XI

Marta llegó veinte minutos después. Claramente oí el ruido del taxi que la trajo, y cuando éste arrancó de nuevo para perderse en la lejanía.

Esperé, conteniendo el aliento.

Oí su taconeo cuando entró, para después de cerrar la puerta, avanzar hacia el ascensor, sin dar la luz automática.

Pasó por mi lado envolviéndome en su caro perfume, y entró en la caja mecánica. Dio la luz, y soltó una exclamación cuando me vio.

Pero fue demasiado tarde para nada más, ya que yo estaba inmediatamente detrás, y ahora le tapé la boca con mi mano, empujándola al fondo del ascensor.

—Será mejor que no chilles, ricura —dije.

Se estremeció entre mis brazos y noté cómo empezaba a temblar.

La solté para cerrar la puerta, y luego pulsé el botón. El ascensor se puso en marcha, y entonces fue cuando ella pregunto, recobrada un tanto del susto y de la sorpresa que le produjo mi presencia:

—¿Qué busca aquí, fisgón? ¿Acaso está enamorado de mí? Si es así, no es usted mi tipo. Por tanto, ya se está largando.

Alargó la mano para pulsar el botón de parada.

—Esto va en serio, nena —dije.

Y la golpeé fuertemente en la mano.

La retiró lanzando una exclamación de dolor. Después me miró con los ojos brillantes como un felino.

Por unos segundos creí que se iba a lanzar contra mí y me preparé. Pero en contra de lo que había previsto, Marta se mantuvo quieta, con los labios fuertemente apretados.

El ascensor se detuvo al fin, y ella alargó la mano hacia la puerta.

—Aún no es hora, pequeña —dije sin tocarla, y se estuvo quieta.

Entonces extraje la «Magnum» de la funda de la axila, le puse en el cañón un silenciador «Maxim», coloqué la bala en la recámara y la guardé en el bolsillo de la chaqueta, sin que ella dijera nada en vista de tanto preparativo, aunque sí palideció visiblemente.

—Ahora cuando tú quieras, ricura —dije—. Pero entra tranquila, como siempre. Si haces un movimiento que no me guste, si ese cerdo de Mike Curtis está dentro y se da cuenta, te voy a meter un balazo en un lugar donde te duela, cariño. Y lo voy a sentir. Nunca me gustó estropear una anatomía como la tuya, encanto.

Abrí la puerta y salió por delante.

La seguí hasta la puerta de su apartamento, después de devolver el ascensor hacia su punto de partida, y vi cómo metía el llavín en la cerradura.

Penetramos dentro sin que hiciera el menor movimiento sospechoso.

Encendió las luces, me miró y acabó por preguntar:

—¿A dónde vamos, querido?

—Al *living*. Es un sitio como otro cualquiera, pero más cómodo para charlar un rato.

—¿Es eso todo?

Su pregunta encerraba un mundo de promesas. Pero no hice caso. Bajo aquella capa provocativa en la que se había envuelto desde el momento en que encendió las luces, la adiviné tensa, dispuesta a destrozarme entre sus garras, como si en vez de tratarse de una mujer hermosa, se tratase de una pantera.

Claro que las panteras también son hermosas.

—Todo no, Marta. Pero sí una parte —repliqué.

—Bien, sígueme, querido.

Sonreí detrás de ella porque me estaba tuteando.

Ya en el *living*, ambos nos miramos frente a frente.

—Siéntate —dije, señalando con un ademán el sofá, pero sin soltar por ello la culata de la «Magnum».

—Pero…

—Será mejor que te sientes. No voy a perder mucho tiempo contigo, ricura —hizo un nuevo movimiento de sorpresa que corté en seco cuando añadí—: Nunca he pegado a una mujer, pero esta noche creo que será la primera vez, Marta, piénsalo.

Fui hacia ella mientras hablaba y la empujé con fuerza. Dio un traspié y cayó materialmente contra el sofá.

—No voy a perder mucho tiempo. He venido a por una cosa y no me iré sin ella —la miré atentamente un largo minuto—. Se trata de unos papeles. Los mismos que Curtis o Benson quitaron a Sharon. Sé que están aquí y me los voy a llevar. ¡Dámelos, nena!

Era una finta.

Más que una finta un solemne embuste, pero esperaba que diera resultado. Marta, si es que no los tenía ella, me diría dónde estaban. Tenía que saberlo forzosamente, o en todo caso, saber, tener una idea, una pista que me orientara.

Doce horas.

No era mucho tiempo. No, no podía perder un solo segundo.

—No sé de qué me estás hablando.

Se retrepó contra el asiento abombando el pecho. Mi mano izquierda la alcanzó en medio de los labios.

—Lo siento, dulzura —dije en tono de excusa—. Ya te advertí que no pensaba perder mucho tiempo.

Vi la sangre y cómo sus labios se hinchaban rápidamente. Lo sentí, pero no podía hacer menos. Había muerto mucha gente por aquello. Un hombre, chantajista o no, estaba esperando la muerte en
Sing-Sing.
Una mujer había muerto asesinada.

Tal vez otras muchas personas se vieran amenazadas. Doris, mi mujer, entre otras.

Avancé un paso sacando la «Magnum» del bolsillo.

—¿Dónde están esos papeles, Marta? Te lo pregunto por última vez.

—Me matarán si hablo —dijo con un hilo de voz.

—Nada de eso —repliqué con acento convincente—. Habla, dime dónde están y ahora mismo te llevo a lugar seguro. El teniente Morrison de la Brigada de Homicidios te protegerá.

Vaciló.

Abrió la boca. Eso fue todo.

—Usted no llevará a nadie a ninguna parte, bastardo.

Me lancé al suelo después de empujarla a ella. Giré sobre mí mismo y los vi.

Eran dos. Uno de ellos asía con la mano una cartera, de esas que sirven para llevar documentos. El otro nada, a no ser la automática que ya estaba lanzando chorros de plomo en mi dirección mientras que el de la cartera, disparaba a su vez, con la zurda, hacia el lugar donde estaba Marta.

Oí su grito de muerte mezclado con sorpresa, justo cuando accionaba el gatillo de mi automática.

El *gángster* que disparaba contra mí se llevó las manos al pecho, lanzó un aullido y se vino a tierra como un saco.

El otro, después de acabar con Marta Sullivan la encaró hacia mi modesta persona.

Disparé primo, y ambos fallamos.

El *gángster* saltó a un lado, buscando amparo detrás de un sillón. Disparé intentando cazarlo en medio del salto, y desapareció detrás del mismo sin que lograra alcanzarle.

Mascullé una imprecación y salté hacia el sofá, volcándolo en sentido contrario. Con entera claridad oí los impactos del plomo en su parte posterior.

Otro balazo chascó contra la pared después de que yo hubiera sentido junto a mi mejilla el soplo helado de la muerte.

Salté fuera, me lancé al suelo, di un par de vueltas, e hice fuego.

El *gángster* de la cartera se levantó en toda su estatura, abrió los brazos en cruz y se estrelló contra el suelo.

Me puse en pie y miré en torno, a aquélla orgía de sangre.

Vacilante me acerqué al que llevaba la cartera, sospechando que en ella estaban los documentos que necesitaba.

No me equivoqué, así como tampoco al pensar que Curtis o Benson habían enviado a dos sicarios a por ellos, y tal vez, de paso, eliminar a Marta, ya que ésta sabía demasiado.

Precipitadamente abrí la cartera y examiné el contenido. Allí había trabajo para el teniente Morrison, y para mí, ya que entre mis manos tenía un abultado sobre, alargado, cerrado y lacrado, con una indicación escrita en el mismo.

«CASO DE DORIS PRESLE»

Lo guardé en el bolsillo interior de mi americana.

Después me acerqué al teléfono y disqué, sabiendo que en los

demás apartamentos ni se habían enterado de aquella escabechina, dado que las automáticas estaban provistas de silenciador.

CAPÍTULO XII

—¿Diga?

—¿Está el teniente Morrison? Le llama Jimmy Finney del «Eco del Broadway».

Siguió una pausa de un par de minutos.

Después oí su voz.

—¿Qué diablos quiere ahora, Finney? ¿Es que no duerme nunca?

—Al parecer usted tampoco, teniente —repliqué, para, acto seguido, endosarle la píldora sin dorarla un ápice.

Al terminar con mi historia le oí maldecir en todos los tonos.

—¡Está bien, cuernos! —dijo después—. No se mueva de ahí, ¿entiende, Finney? Con esas pruebas tenemos suficiente.

—Está bien, teniente, no me moveré —repliqué, mientras que *in mente* le mandaba al cuerno.

Colgó sin darme tiempo a más. Hice lo propio, y luego telefoneé al periódico. No deseaba que nadie me pisara la noticia.

Hecho esto, sin lanzar una mirada al cadáver de Marta, remordiéndome la conciencia por haberla golpeado, abandoné el apartamento.

Una vez en la calle caminé aprisa hacia donde Doris tenía estacionado el «Alfa». Subí a él y arrancó suavemente, sin decir una palabra, pero yo sabía que ella había visto la cartera que llevaba en la mano.

—¿A dónde vamos?

Miré por el espejo retrovisor. Fue entonces cuando vi el «Pontiac» que ya una vez le arrebatara a los *gangsters*. Por unos segundos me dominó el pánico, pero no por mí, sino por Doris.

Pero respiré satisfecho, cuando al doblar la próxima esquina, vi cómo se detenía frente a la puerta de Marta Sullivan.

Al parecer venían a recoger a los dos *gangsters* después de que

éstos hubieran ultimado su faena.

Sonreí, pensando en el teniente Morrison, y en la sorpresa de los ocupantes del «Pontiac», si la policía se presentaba antes de que ellos se marcharan.

—¿A dónde vamos, querido?

Reparé que era la segunda vez que me lo preguntaba, y dejé de pensar para replicarle:

—Al centro, ricura. A un hotel.

Viró en redondo, y aceleró la marcha, sonriendo, pero no preguntó nada.

Nos detuvimos en medio de la Quinta Avenida y nos apeamos del «Alfa Romeo», después de aparcarlo en la playa de estacionamiento.

Entramos. En el *comptoir*, un simpático empleado nos recibió.

Cuando estampé mi firma en el libro registro, miró a mí compañera.

Sentí deseos de reír al ver su gesto.

Primero arqueó una ceja. Luego abrió mucho los ojos y al fin estalló:

—Usted… usted es *miss* Doris Presle. No… no me diga que no.

Doris sonrió. Después, y, a petición del empleado, le firmó un autógrafo. Inconvenientes de la fama, pensé.

Subimos.

Una vez solos en la «*suite*», dejé la cartera en el sofá, y saqué el sobre del bolsillo. Pero no se lo di hasta que le hube explicado todo lo ocurrido en el apartamento de Marta Sullivan.

Palideció como una muerta, y antes de que dijera nada, supe que era por mí.

—Pudieron matarte, querido —susurró viniendo hacia mí.

La detuve con un gesto.

—Esto es tuyo, Doris —dije, alargándole el sobre.

Lo tomó entre sus manos. Miró lo escrito en él, luego a mí, y, finalmente, dio una rápida media vuelta y desapareció en el lavabo.

Adiviné lo que estaba haciendo.

Cuando regresó, vi huellas de llanto en sus ojos.

Vino hacia mí, y no tuve más remedio que abrir los brazos para recibirla.

—¡Oh, Jimmy!

No le di tiempo a más. ¿Para qué?

Tenía que terminar aquello. No sabía cómo, pero tenía que hacerlo.

Miré a Doris. Tenía los ojos muy abiertos. Había que esperar a que se durmiera.

Entretanto, y en el más completo silencio examiné los papeles. Morrison se sentiría contento cuando los tuviera en su poder.

¿Entregárselos ahora y dejar que la policía acabara aquel caso?

Dudé de hacerlo. Francamente no sabía qué hacer.

Repentinamente, mis ojos se desorbitaron. Entre mis dedos había una simple hoja de papel escrita a mano. La leí, pero antes de hacerlo, supe, intuí, que al fin había encontrado lo que necesitaba.

Al fin, ante mis ojos tenía la prueba para enviar a la silla, en sustitución del hombre que esperaba la muerte, al verdadero culpable de todo.

Una nota.

Una simple nota, en la cual se ordenaba liquidar a Ricori Talbot, obedeciendo a un plan preconcebido.

Sabía cuál era el plan. Se lo había dicho a Morrison, sin fallar, sin errar en una sola coma.

Miré a Doris. Dormía a mi lado, con la mata de pelo cubriéndole sus hermosos y desnudos hombros. Parecía una niña tranquila y feliz.

Sonreí y me deslicé suavemente de la cama. Me vestí, completamente descalzo. Dejé una nota para ella, tomé la cartera después de comprobar el buen funcionamiento de la «Magnum», me calcé en la puerta, y abandoné la «*suite*».

En el garaje del hotel subí al «Alfa Romeo» pensando en el teniente Morrison, y en que a aquella hora me estaría buscando toda la policía de Nueva York.

Alma sería molestada, los hoteles también. Me buscarían en mi apartamento, aunque, por la policía que lo vigilaba, Morrison sabría ya que yo no me encontraba en él.

Buscarían también en el de Doris.

Sonreí.

Doris era mía. Ya no importaban los cincuenta mil dólares. Pero era yo, sólo yo, el que tenía que terminar aquello. Se lo prometí a ella.

Era yo el que tenía que detener al asesino de Talbot y llevarle al precinto 10.

Además, deseaba hacerle confesar. Pero una confesión aún más extensa que la que había en aquella pequeña nota encontrada en el interior de la cartera.

¿La cartera?

Era dinamita pura. Por eso no quise dejársela a Doris.

¿Alma?

Desde luego, ella podía quedársela hasta que yo me viera con Morrison.

Ella podía llevarla mucho antes a la redacción del «Eco de Broadway» para ver si el viejo búho de Thomas Presing aprovechaba algo para el periódico, antes de que la policía metiera sus manos profanas en ella.

Alma la llevaría a la Redacción.

Doblé el volante para dirigirme allí.

Las luces del nuevo día aparecían por encima de los rascacielos del Manhattan cuando conduciendo con una mano saqué de la cartera aquella orden escrita de puño y letra de uno de los dos *gangsters* para guardarla en uno de mis bolsillos.

Después de esto, detuve el «Alfa Romeo» frente a la puerta donde vivía una de las mujeres más hermosas que yo había visto y besado en mi vida.

Y confieso, sin rubor, que al pensar así había olvidado por completo a Doris.

Aparqué en la playa de estacionamiento. Crucé la calle, y el ascensor me condujo hasta su apartamento.

Pulsé el timbre después de mirar mi reloj de pulsera. Eran las seis y treinta minutos de la mañana.

El timbre repiqueteó allá dentro varias veces sin resultado alguno. Dejé pasar un par de minutos y llamé de nuevo.

Tanteé la puerta pensando que Alma tenía el sueño bastante profundo, aunque yo creía tener motivos para pensar en lo contrario.

Estaba abierta. Sin saber por qué trasladé la cartera a la mano izquierda y metí la derecha bajo la solapa de la americana, acariciando la culata de la «Magnum».

Recién entonces la empujé suavemente y entré.

El apartamento estaba en una suave y misteriosa penumbra. Escuché intentando percibir cualquier rumor.

Nada.

Todo era silencio.

Alargué la mano hacia el interruptor de la luz y la encendí. Después extraje la automática de la funda, y llevándola por delante de mí, abrí la puerta que daba acceso al *living*.

Mis pasos eran ahogados por la espesa alfombra, por lo que me di cuenta de que el silencio persistía en torno.

Encendí la luz del *living*.



—La organizó buena esta noche, ¿no, Finney?

Tres puertas.

Dos dormitorios y el cuarto de baño.

Me acerqué al dormitorio de ella. Alma no estaba en él. La cama no había sido tocada. Fruncí el ceño.

Luego, vacilante, como si supiera de antemano lo que me iba a

encontrar, avancé hacia el otro.

Me sujeté al marco de la puerta cuando la vi.

Fue, como si una garra de hierro estrujara mi corazón, mientras mi mente dejaba de pensar.

El dormitorio aparecía en el más completo desorden. Ropas diseminadas aquí y allá. Rasgados el colchón y la almohada. Los cajones de la coqueta, abiertos, y el contenido esparcido por el suelo.

Comprendí.

Alguien, yo sabía quién, andaba buscando la cartera. Razonando, había ido allí. Razonando también, mató a Alma.

Alma, que estaba caída en el suelo llevando, como única prenda, una pulsera en la muñeca derecha y los pendientes.

Eso era todo.

Me acerqué a ella, creo que pálido como un difunto. Y sentí horror.

Había muerto, desde luego, pero había sido torturada salvajemente. De una forma inhumana, y yo era el culpable de aquello.

Al Benson me dijo en una ocasión algo al respecto y yo no hice caso. Ahora Alma había muerto por mi culpa. Si yo hubiera puesto aquella amenaza en conocimiento del teniente Morrison, ahora ella posiblemente estaría viva.

Nadie sabía que yo estaba casado con Doris. Por lo tanto, para ellos, Alma era la única que podía saber dónde estaba la cartera.

Repentinamente me enderecé, rebusqué entre sus cosas y me puse, anudándome las mangas al cuello, una de sus batas de casa. La tomé entre mis brazos, levantándola para llevarla a la cama.

¡Al diablo la policía con todos sus métodos!

Sabía que no podía tocar el cadáver. Pero no importaba. Alma era Alma y yo era yo. ¡Al diablo con todo! Yo sabía quién había hecho aquello. Por tanto, poco me importaba lo que pudieran pensar.

Cerré sus ojos, la tapé con una sábana y me quité la bata. Miré el traje. No había manchas de sangre. Respiré satisfecho; besé después su fría frente y me encaminé al *living*.

Disqué el número del teléfono de la policía.

CAPÍTULO XIII

—¿Dónde está usted? ¿Desde dónde telefonea? ¿Qué diablos ha hecho con esa cartera?

Éstas fueron las primeras palabras del teniente Morrison en cuanto logré ponerme en contacto con él.

Dejé que se desahogara cuanto quisiera, y luego respondí:

—Estoy en el apartamento de Alma Davis, teniente. La cartera la tengo yo, y ella está muerta. La han asesinado.

Soltó una imprecación intranscribible y después preguntó:

—¿Cómo y por qué fue?

A mi vez hice otra pregunta:

—Cuando fueron al apartamento de Marta Sullivan, ¿encontraron algo?

—¡Cuernos! ¿Pues qué esperaba, Finney?

—No me refiero a eso, teniente —repliqué—. Mi pregunta se basa en que vi un «Pontiac» detenerse frente a ese bloque de apartamentos.

Siguieron unos minutos de silencio y al fin contestó:

—No había automóvil alguno por los alrededores, si es eso lo que quiere saber, Finney.

Ahora el que dejó pasar unos minutos en silencio fui yo.

—Eso lo explica todo, teniente.

—¿Qué es lo que explica? ¿Quiere hablar claro de una vez y no hacerme perder el tiempo?

—En ese «Pontiac» iba el hombre que mató a Alma, teniente. Iba en primer lugar a recoger a sus dos sicarios que yo convertí en fiambres. Los dos sicarios que previamente había enviado al apartamento de la Sullivan con ánimo de recoger los documentos que ella guardaba en depósito, y de paso, liquidarla también.

Vio cómo estaba el apartamento y adivinó que había sido yo quién lo había hecho. Oyó las sirenas y se largó antes de que

ustedes llegaran, pero con el pensamiento fijo en Alma Davis. Él sabía de mis relaciones con ella, y calculó que forzosamente yo iría allí. Encontró a Alma y la torturó para ver de averiguar dónde estaban los papeles. Después la mató para que no hablara. Eso es lo que pienso de todo esto, teniente.

Siguió una breve pausa.

—Está bien, Finney —repuso al fin—. No se mueva de ahí o tendrá un disgusto.

Dije que sí pensando hacer todo lo contrario, y colgué.

Volví sobre mis pasos, para lanzar un postrer vistazo al cadáver de Alma. Después abandoné el apartamento y salí a la calle, llevando la cartera en la mano.

Miré a todos lados.

Los transeúntes iban y venían de un lado para otro, y el tráfico era cada vez más intenso. Pero no logré descubrir nada sospechoso en torno al «Alfa Romeo».

Subí, empuñé el volante, y a toda la velocidad que me permitían las leyes del tráfico me encaminé a la Redacción.

No subí. No, quise por muchas razones. Di al portero la cartera, y vi cómo el hombre se metía en el ascensor.

Volví al automóvil con una idea fija en la mente y en el corazón. ¡Matar!

Matar a Curtis y a Al Benson. Matarles como a ratas. Hacerles pagar cara la muerte de Alma Davis.

Me dirigí rápidamente hacia el «Ancla de Oro», consciente de que. Al Benson no estaría allí.

El, al igual que Curtis, se habrían escondido en cualquier parte en espera de poder salir del país, si no lograban recuperar los papeles.

Fue entonces cuando caí en la cuenta del día en que estábamos. Don Sharon sería ejecutado al amanecer del siguiente.

Aparqué frente a un estanco y entré. Pedí un sobre, una pluma, escribí la dirección del Precinto 10, y metí aquella especie de confesión en el sobre y volví a la calle.

Detuve el primer taxi que pasó vacío, y, mediante un billete de diez dólares, conseguí que el hombre llevara el sobre al Precinto 10.

De nuevo en el «Alfa», y ahora sin detenerme, me acerqué al «Ancla de Oro».

Pero no llegué a entrar en él. Una voz a mi espalda me hizo detenerme en medio de la acera, con todos los músculos en tensión, y, pensando que se necesitaba tener audacia para hacer aquello, en plena calle, y en pleno día.

—¡Será mejor que no se mueva ni haga un gesto sospechoso, fisgón! Vuélvase ahora, pero lentamente.

Eran dos, y yo les conocía.

Joel Delano y Dixon O'Nell.

El primero, al servicio de Mike Curtis. El segundo, el hombre de confianza de Al Benson.

Con una mano metida en el bolsillo de la chaqueta y la otra en el del pantalón, ambos me miraban.

Alto y seco Joel Delano. Gordo, fofo, como una nauseabunda pelota de grasa, Dixon O'Nell.

Sonreían, mientras yo pensaba que los *gangsters* se reunían ahora sin trabas frente al peligro que les amenazaba. Me felicité por el acuerdo que tuve al dejar la cartera en la redacción del «Eco».

Fue O'Nell el que rompió el silencio.

—¿Qué le parece si entramos, fisgón? Tenemos que hablar.

Me pregunté, si en contra de mis suposiciones, Al Benson no estaría dentro del «Ancla de Oro». Tenía que ser así. Caso contrario, ninguno de aquellos dos sicarios me hubiera abordado en la calle.

Miré en torno antes de responder, y oí la tenue risa de Delano.

—No espere ayuda de nadie, periodista —dijo antes de que yo pudiera decir nada—. Un solo gesto y le enviamos al infierno. Por otra parte —y su voz sonó suave—, le conviene hablar con nosotros. Luego podrá irse a dónde le venga en gana.

Me sorprendió.

Y sorprendido ante tanta amabilidad, di media vuelta, y lentamente, sabiéndoles a mi espalda, me encaminé a la entrada del club, vacía completamente a aquella hora de la mañana.

Nada más entrar, sentí en mi espalda la presión del arma que empuñaba.

¿Quién de los dos?

Me volví un poco.

Dixon era el único que estaba a mi espalda. Comprendí que Delano estaba en aquel momento registrando el «Alfa Romeo», en busca de aquellos papeles.

Aunque mi situación, ciertamente no era muy halagüeña, no pude evitar una sonrisa.

—Suba por la escalera, Finney. Vamos al despacho del patrón.

Sin replicar lo hice así.

Dentro ya, hizo un gesto con la mano armada de la automática y me indicó uno de los sillones.

—Siéntese —dijo.

Obedecí en silencio y él hizo lo propio en un ángulo de la mesa. El cañón de la «Luger» que empuñaba tenía su siniestro y negro ojo clavado en mi pecho.

A la altura del corazón.

—¿Puedo fumar?

Rió quedamente.

—¿Por qué no? Pero del mío —replicó haciendo un nuevo gesto que tuvo la virtud de paralizar mi mano cuando se movía hacia el bolsillo donde guardaba la pitillera.

Sacó un arrugado paquete de «Camel» y me lanzó un cigarrillo que tomé al vuelo.

Encendí, y después de lanzar al techo unos cuantos anillos de humo, con entera tranquilidad, intuyendo que mi vida no peligraba por el momento, ya que lo que buscaban Benson y Mike Curtis lo tenía yo, pregunté:

—Ya estamos aquí, O'Nell. ¿Puede decir lo que quieren de mí?

Me dedicó una amplia sonrisa.

—No tardará en saberlo, pesquisa. Espere hasta que regrese Delano.

—¿A dónde ha ido? ¿A registrar mi automóvil?

Por su sonrisa comprendí que había dado en el blanco.

—No espere encontrar nada —añadí.

No replicó, no dijo nada hasta después de diez minutos, que fue cuando hizo su aparición Joel Delano.

—¡Quítale la artillería, Delano!

El *gángster* vino hacia mí por detrás, y suavemente, me despojó de la «Magnum». Después retrocedió, encarando a O'Nell.

—¿Quién lleva el asunto, tú o yo?

—Por ahora puedes hacerlo tú, Delano —replicó, riendo—. Quiero ver cómo te desenvuelves.

El gordo vino hacia mí, llevando mi propia automática en la

mano.

—¿Dónde están esos papeles, bastardo? —preguntó.

Sentí en mi rostro su nauseabundo aliento, y entrecerré los ojos al mismo tiempo que apartaba la cara.

—¿Qué papeles? —pregunté a mi vez.

Lanzó la mano hacía mi boca. Tuve el tiempo justo de evitar que me partiera los labios, pero aun así, el golpe, dado con el canto de la mano, fue brutal.

Como entre sueños oí la voz de O'Nell:

—Ten cuidado y no seas bruto, querido. No hace falta que le hagas tanto daño. Si el chico no quiere hablar, queda otro recurso.

Se miraron los dos mientras yo clavaba los ojos en la automática que empuñaba Delano. Mi propia «Magnum».

—Me gustaría llevar esto a mi modo, O'Nell.

—El jefe dijo que no se le tocara un pelo de la ropa, Delano. Si no quiere hablar…

—¿De qué se trata, O'Nell? —pregunté a mi vez mientras sentía el agudo dolor que me producía el golpe recibido a un lado de la cara, y el que pensaba devolver con creces, si podía.

Ambos se volvieron a mirarme como a un bicho de especie desconocida.

Delano hizo un gesto para hablar, pero O'Nell le interrumpió.

—Después —dijo dirigiéndose a éste—. Ahora quiero ser yo, el que le haga entrar en razón —me miró largamente y dijo—: No voy a perder mucho tiempo con usted, Finney. No voy a perder tiempo, ni voy a ponerle una mano encima —aquí confieso que me escamé mucho más que lo estaba en aquel momento—. Se trata de ciertos papeles que obran en su poder. Tiene que devolverlos esta misma noche.

Sonreí sintiéndome más fuerte por momentos.

—¿Quiere decir cómo he de hacerlo y por qué? —repliqué, yendo también al grano.

Rió con todas sus ganas. Aquel bastardo se estaba burlando de mí, y en mi propia cara.

Hice intención de incorporarme, y Delano clavó materialmente en mi pecho el cañón de la «Magnum».

—Será mejor que no te muevas y escuches a O'Nell, bastardo —dijo heladamente.

Miré al aludido sintiendo ahora que mi furia crecía por momentos.

Éste señaló con el dedo el teléfono que había encima de la mesa.

—Puede telefonear cuando quiera, Finney. Incluso a la policía si es su gusto —me indicó fríamente—. Pero le aconsejo que no lo haga, hasta telefonear antes al «Rossy».

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda. ¡Doris!

Aquellos cerdos sé la habían llevado. Estaba seguro de ello.

Entonces comprendí la razón que tuvo ella al decirme que se me había metido más adentro que ninguna. Era verdad.

Lentamente, muy lentamente, me puse en pie. El gordo vino detrás de mí. A escasas yardas, vigilando todos mis movimientos. Tomó el auricular de la mesa, sabiendo cuál iba a ser la respuesta que me darían desde el hotel.

Vi la sonrisa en la boca de O'Nell. Se me antojó odioso. Deseé matarle. A él y a Delano.

Sí, me gustaría oír el chasquido de las balas al entrar en su carne fofa.

Telefoneé.

CAPÍTULO XIV

—Sí. Hotel «Rossy». ¿Diga, por favor?

La muchacha de la centralita contestaba a mi llamada.

—Haga el favor de ponerme con *miss* Doris Presle —dije dando su apellido de soltera—. Habitación 314-A.

—Un momento, por favor.

Miré de soslayo a los dos esbirros.

O'Nell seguía en el mismo sitio. Sentado tranquilamente encima de la mesa y con la «Luger» apuntando al suelo, consciente de que yo no haría nada. Consciente de que eran ellos los que tenían la sartén por el mango.

Delano seguía apuntándome con la «Magnum». El maldito no se fiaba.

Se encontraba casi junto a mí, a mi izquierda. Pensé.

Y mis pensamientos los cortó la voz del teléfono.

—¿Está usted todavía ahí?

—Sí, *miss*. Diga.

—*Miss* Presle salió esta madrugada, sobre las seis y media, acompañada de dos señores. No dijo a dónde iba ni dejó nota alguna. ¿Desea algo más?

—Sí. Un momento, por favor. ¿Quiénes eran esos señores?

—Creo que policías. Enseñaron una placa y el portero les dejó subir. ¿Es que ocurre algo malo?

Me apresuré a tranquilizarla.

—No, nada. Simplemente, que me extrañó, ya que quedó en esperarme ahí.

Acto seguido hice ademán de colgar lentamente, pero no fue así.

Llevando el auricular en la mano derecha, giré en redondo mientras alargaba la mano izquierda.

Delano me vio venir, pero fue demasiado tarde. Le golpeé con el auricular debajo del mentón, mientras cerraba mi mano izquierda

en su muñeca derecha desviando el cañón de la «Magnum».

El tiro salió, y la bala produjo aire contra mi rostro. Entonces le aticé de nuevo, metiéndole el auricular en el hígado.

Boqueó mientras O'Nell encaraba su arma gritando:

—¡Maldito bastardo!

Pero yo ya tenía la «Magnum» en la mano. Disparé fríamente, a boca de jarro. Su cara estalló en pedazos y algunas salpicaduras de sangre saltaron en mis ropas.

Giré en redondo dando cara al grasiento Delano, que se me echaba encima con todo el ímpetu de una locomotora.

Le frené en seco golpeándole en medio de la cara con la culata de la automática.

Cayó de rodillas resoplando como, un fuelle, y entonces le golpeé con el canto de la mano, a un lado del cuello. Dobló la cabeza, pero le cacé con un patadón en el pecho que lo tiró patas arriba contra un sillón, que se convirtió en astillas bajo su peso.

Entonces fui a la puerta del despacho y la cerré por dentro. Le encaré en el acto.

—¿Dónde está mi mujer, perro? —pregunté.

Sacudió la cabeza un par de veces y después me miró con ojos porcinos.

—No, lo sé —replicó—. No sé dónde la llevó Curtis.

Me acerqué de una zancada y le prendí por las solapas poniéndole en pie.

—Vas a cantar, rata. Y ahora.

Lo solté, disparando en el acto mi mano derecha.

El puñetazo le levantó en vilo lanzándole contra la mesa.

No le di respiro. Empecé a pegarle, procurando hacerlo en las partes más dolorosas de su cuerpo. Gimió, chilló como una rata, intentó defenderse, pero eso no sirvió nada más para que mi ira fuera creciendo.

Finalmente, con el rostro tumefacto, llorando como un chiquillo, desmadejado, con algún hueso roto, gimoteó.

—No… no me pegues más, Finney. Ha… bla… ré.

Dejé de mover los puños y saqué la automática.

—Habla, bastardo. ¿A dónde han llevado a mi mujer?

Miró en torno, con miedo. Supe en lo que pensaba, pero al parecer comprendió que yo estaba mucho más cerca de él que

Curtis o Benson.

—A la quinta de Al —repuso—. La tienen allí.

—¿Cuántos hombres hay allí además de Benson?

Vaciló, pero bastó que le enseñara el puño para que replicara en el acto.

—Él y Curtis.

—¿Es cierto eso?

—Sí. ¿Qué gano con engañarle?

—Eso no lo sé —repliqué. Hice una pausa y añadí—: ¿A dónde tenías que llevar esa cartera?

—Allí mismo. Esta noche a las doce. Tenía que ir completamente solo. O'Nell estaba encargado de acompañarle, para evitar que se pusiera en contacto con la policía.

Sonreí torcidamente.

—¿Cómo sabe Mike Curtis que no me he puesto en contacto con ella?

—Vigilan el Precinto 10. Por tanto, saben que usted no se ha acercado allí para nada.

—¿Cómo dieron con mi mujer?

—Costó trabajo. Telefonearon primero a su apartamento; después al de usted, y finalmente, de hotel en hotel hasta dar con ella.

Pensé durante unos segundos, hasta que caí en la cuenta de algo.

—¿Cómo sabe Curtis que me casé con ella?

El pistolero me miró con ojos porcinos.

—Creo… hasta… hasta que habló con esa periodista. La hizo cantar y en el acto dedujo que si usted no estaba con ella tenía que estar con Doris. Él no sabía que era su mujer, hasta que examinó el libro de registro del hotel «Rossy». Entonces se fingió policía y se la llevó.

Dejé adrede una pequeña pausa y después pregunté:

—¿Dónde está esa quinta, Delano?

—En Brooklyn. Tendrá que atravesar el puente y luego tomar la carretera. En el kilómetro 18 la encontrará. No tiene pérdida. A la derecha de la carretera hay un camino que conduce directamente a ella. Es una quinta de ladrillos rojos y con una gran terraza. Tiene en torno un amplio jardín. Repito que no se perderá, ya que es la única por aquellos alrededores.

—¿Cuántas entradas tiene?

Me miró suspicaz.

—¿Qué gano si le digo por dónde puede entrar sin que le vean?

—La vida —repuse fríamente.

—¿Quiere decir que, después de esto, me dejará marchar?

Miro el horrible cadáver de O'Nell y se estremeció.

Desde luego. Pero no te cruces más en mi camino, cerdo.

Hice un ademán con la «Magnum» y volvió a estremecerse. Lo mismo que una masa de gelatina.

—En la parte trasera de la tapia que da al jardín hay una puerta que nunca se cierra. De ella parte un pequeño camino que da a la leñera. Si no tiene miedo a ensuciarse el traje, puede que logre entrar sin que ninguno de los dos le vean.

—¿Es cierto eso?

—¿Por qué tendría que engañarle?

Sin replicar avancé hasta el teléfono, coloqué en su sitio el auricular, lo levanté de nuevo, y empecé a discar.

—¿Qué intenta, Finney?

Esperaba la pregunta. Esperaba algo más.

—Llamar a la policía, querido. Ella te hará cantar todo cuanto sabes.

—¡No lo haga! ¡No haga eso! He dicho la verdad.

De soslayo le vi. Se lanzó como un loco en busca de la «Luger» de O'Nell, que permanecía caída junto al cuerpo de aquél.

La tomó con su grande zarpa y me la encaró. Disparé por debajo del brazo. Una sola vez, que fue suficiente.

Mientras caía, acabé de discar.

Después tuve que taparme los oídos ante la lluvia de improperios e inventivas que me dedicó Morrison.

Cuando calló, falto de respiración, le di cuenta de lo que acababa de ocurrir en el «Ancla de Oro», y esperé a que le diera un ataque cardíaco o de apoplejía.

No fue así, ya que le oí rezongar por lo bajo.

—Oiga, Finney, ¿es que se ha propuesto matarme de un disgusto?

—Nada de eso teniente.

—Bien, ya hablaremos. No se mueva de ahí. Ahora va en serio, Finney. No se mueva, o no volverá a publicar una sola línea en

ninguno de los diarios de Nueva York.

Estuve tentado de mandarle al cuerno.

—Se trata de Doris teniente fue lo que aduje. —De mi esposa, ¿comprende?

—No comprendo nada, Finney. ¡Quédese ahí! Si cree que por el mero hecho de que me haya enviado la prueba definitiva para salvar la vida de Sharon se equivoca. Quédese ahí, que ahora nos toca actuar a nosotros. A su esposa no le pasará nada. Ni Mike Curtis ni Al Benson pueden abandonar el país. He movilizado a toda mi gente y están blocadas todas las carreteras. Todas las salidas de Nueva York.

—De acuerdo —repliqué—. Esperaré.

Colgué el auricular y salí del despacho de Al Benson, cerrando con llave y guardando ésta en el bolsillo.

Atravesé el local sin que nadie se metiera conmigo, lo que no era extraño, ya que la lucha sostenida arriba, no podía ser oída en modo alguno, en vista de que el despacho era a prueba de ruidos, y las automáticas iban provistas de silenciador.

Salí a la calle. No me gustaba ir en el «Alfa Romeo», pero no había otro remedio si no quería robar un automóvil.

Me lancé hacia Brooklyn a toda la velocidad que me permitía el tráfico.

En el pensamiento llevaba el nombre de tres mujeres. Doris en primer lugar.

Marta y Liz.

Y ganas de matar. Unas enormes ganas de matar.

CAPÍTULO XV

No fue nada fácil atravesar el puente de Brooklyn entre tanto policía uniformado y de tráfico, pero al fin lo conseguí, y la ancha cinta de asfalto de la carretera se perfiló por fin ante mi vista, y después se deslizó bajo las ruedas del «Alfa Romeo».

Pensaba con los ojos fijos al frente, mientras hundía cada vez más el pie en el pedal del acelerador.

Pensaba en la policía. Conocía bien sus métodos. Conocía también los de los *gangsters*. Conocía particularmente los de Mike Curtis y Al Benson, para no desear en modo alguno que los primeros se presentaran en la quinta antes que yo.

Sabía también lo que me esperaba si me cogían mucho antes de que pudiera hacerme dueño de la situación. Tanto si llevaba la cartera como si no, ambos *gangsters* nos liquidarían a los dos.

A Doris y a mí.

Desde que ella había caído en poder de ellos, nuestras vidas no valían un centavo falso.

Por eso no obedecí la orden de quedarme esperando en el «Ancla de Oro».

Sabía que, de presentarnos todos allí, lograríamos entrar en la quinta, pero cuando lo lográramos, Doris habría pasado ya a mejor vida.

Por eso iba yo. Por si había que morir, que nos mataran a los dos juntos.

El kilómetro 18.

Enseguida vi la quinta, después el camino secundario.

Delano no me había mentido.

Pasé frente a ella a toda velocidad, y me detuve quinientos metros más abajo, junto a la cuneta, oculto por una curva y por una pequeña depresión de terreno.

Me apeé y comencé a caminar a campo traviesa, buscando salir

por la parte trasera de la quinta.

El tráfico de la carretera era incesante. Iban y venían, cada uno a sus cosas, indiferentes, ajenos a la tragedia que no tardaría en desarrollarse en el interior de aquella hermosa y magnífica finca.

Era la una y treinta minutos del día cuando lo conseguí.

La tapia me ocultaba de miradas indiscretas.

Pegado a ella avancé buscando la puertecilla de que me hablara Delano. La encontré minutos más tarde. Como había dicho, estaba abierta. La empujé llevando la «Magnum» en el bolsillo de la chaqueta.

El camino era estrecho. Bordeado por ambas partes de árboles, plantas trepadoras, y plantas de todas clases. Formaban una tupida red, que a mí me venía de perilla.

Avancé con el dedo curvado sobre el gatillo.

El silencio era espeso.

Veinte o treinta yardas más allá, alcancé la fachada de la quinta. La puerta de la leñera estaba allí, frente a mis narices.

Pegado contra el tronco de uno de los árboles miré las ventanas. Las cortinas de encaje se hallaban corridas. Me decidí y salté hacia la puertecilla, que empujé en el acto.

Se abría hacia dentro. El interior estaba a oscuras completamente. Decididamente entré y puse el pie en el primer escalón de la escalera que arrancaba desde la misma puerta.

Después de cerrar a mi espalda, y sin querer hacer uso de la lamparilla eléctrica, empecé a bajar tanteando la pared. Conté diez escalones antes de que mis pies tropezaran con terreno llano.

Al menos eso fue lo que creí en aquel momento.

Y lo seguí creyendo hasta que mis pies se enredaron en un montón de carbón y caí cuan largo era.

Mascullé una imprecación cuando perdí la automática. Tanteando por entre los pedazos de carbón perdí cerca de diez minutos antes de recuperarla de nuevo.

Me puse en pie y volví a tropezar.

Entonces me detuve para escuchar. Nada. En la quinta parecía no haber nadie, al menos en la leñera que era donde yo me encontraba.

Saqué la lamparilla con la mano izquierda y la encendí.

Era bastante amplia, llena de trastos viejos, de carbón, leña y

otras cosas heterogéneas. Al fondo había una escalerilla. Me encaminé hacia ella.

Al poner el pie sobre el primer escalón, vi la trampilla del techo.

¿A dónde iría a salir?

No tuve tiempo de contestarme a mí mismo.

Repentinamente, la trampilla se abrió. En el acto me pegué a la pared apagando la lamparilla eléctrica.

Un cono de luz inundó los escalones, y en pie, en el último, vi la figura de Al Benson.

Durante unos segundos contuve la respiración.

Luego, él empezó a bajar. Repentinamente se detuvo, lanzó una exclamación y se llevó rápidamente la mano a la funda de la axila. Vi brillar la automática en su manos y disparé.

Benson giró en redondo, dando una completa vuelta sobre sus pies. Quedó encarado de nuevo a mí, y disparé otra vez.

Rodó por los escalones hasta mis pies, con el hombro derecho tinto en sangre, donde yo había clavado los dos proyectiles de la «Magnum».

Rápidamente, y sin dejar de mirar hacia arriba, por si aparecía Mike Curtis, me acerqué a él apuntándole en medio de la frente, dispuesto a volarle ahora los sesos de un balazo.

—¿Dónde está? —pregunté.

Debió comprender cuáles eran mis intenciones porque respondió en el acto:

—Arriba. En una de las habitaciones de arriba.

Le desmayé de un culatazo, y sin preocuparme de dónde pudiera estar Curtis, subí apresuradamente la escalerilla.

Cerré la trampilla a mi espalda, y avancé por la cocina hacia la puerta situada a un extremo.

La abrí con la «Magnum» por delante.

El comedor. Vacío.

Otra puerta. El *hall*.

Y en éste, Mike Curtis.

Vuelto de espaldas a mí, con un vaso en la mano, y encima de una mesita ratona, una botella de *whisky* y otra de soda.

Sonreí como un conejo.

Una sorpresa.

La cita era para las doce de aquella misma noche, y no para las

dos de la tarde.

Ninguno de los dos me esperaba. Ninguno de los dos podían adivinar que yo me había deshecho de Delano y O'Nell.

Sonreí, dejando descansar en mi mano la «Magnum».

—¿Tiene un *whisky* para un invitado de honor, Curtis?

Se volvió como un rayo soltando una exclamación. El vaso con el *whisky* se estrelló en el suelo, pero Curtis se inmovilizó al punto.

Mirándome como a un ser de otro planeta. Sólo acertó a preguntar:

—¿Usted?

Miró en torno, con esperanzas tal vez.

Se las quité del todo al responder:

—Yo mismo. Confieso que no pensaba venir tan temprano, pero como no me gusta trasnochar, decidí hacerlo ahora. Y no mire a ningún lado. Al Benson está en la leñera con dos balazos en el cuerpo. ¿Qué han hecho de mi mujer?

Su rostro era ahora una máscara satánica.

—¡Búsquela si quiere, fisgón!

Repliqué suavemente:

—Será mejor que me lo diga usted mismo, Curtis.

No deseo meterle ningún balazo en el cuerpo —lo que no era verdad—. Pero si me obliga…

Callé, esperando.

Mi espera no la interrumpió sus palabras, sino la sirena de la policía. Curtis me miró como un poseído. Luego saltó hacia la puerta inmediata. Le dejé llegar. Dejé incluso que desapareciera por ella, que la cerrara.

Entonces avancé. Destrocé la cerradura de un tiro y salí en su persecución.

Salió fuera mientras el sonido de las sirenas se intensificaba.

Fui tras él hasta el garaje. Pegado al tronco de un árbol le vi subir al negro «Pontiac». Oí claramente cómo intentaba ponerlo en marcha, y entonces avancé, Me vio casi en el acto. Vi cómo de manera frenética buscaba en uno de los bolsillos de la portezuela. Al fin, su mano salió por la ventanilla armada con una pistola automática.

Tuve el tiempo justo de apartarme del tronco, y claramente oí el impacto de la bala al clavarse en él, un segundo después de que yo

me apartara.

Disparé.

Mike Curtis, el asesino, se estremeció.

Disparé de nuevo cuando levantó el arma para encararme por segunda vez, y seguí disparando contra su figura que siguió estremeciéndose a cada impacto, hasta que finalmente se dobló sobre el volante.

Recién entonces guardé la «Magnum» y me dirigí hacia la casa.

Doris estaba arriba, llena de moraduras y magullones. Me miró, y no me reconoció al pronto. Luego, lanzando un grito de alegría vino a mis brazos con los bellos ojos cuajados de lágrimas. La estreché contra mi pecho y cubrí su cara y sus labios con mis besos.

Cuando nos separamos la miré, y no tuve más remedio que reír, olvidándolo todo. Porque ella, acababa de maquillarse el rostro con el maquillaje más barato del mundo, y tal vez el más abundante. Con polvo de carbón, del cual yo estaba cubierto de pies a cabeza.

Después la saqué de allí llevándola de la mano. Alcanzábamos el *hall*, cuando la puerta se abrió dando paso a la policía, y con ella al teniente Morrison que vino hacia mí con el rostro hecho una furia.

Sin darle tiempo a que dijera nada, pregunté:

—¿Cómo dio conmigo tan pronto, teniente?

—¿Por qué se cree que logró pasar por el puente de Brooklyn, Finney?

Lo comprendí en un segundo.

—Conque era eso, ¿no? Usted sabía que yo no le esperaría en el «Ancla de Oro».

—Claro. Por eso avisé a mis hombres que le dejaran el paso libre donde quiera que le viesen. Me avisaron, y aquí estoy —me miró y soltó la pregunta como un trallazo—: ¿Dónde está Al Benson?

Se lo dije y después agregué:

—Ojalá no se haya desangrado. Confío en que le encuentren vivo.

Fueron por él, pero Morrison se quedó a nuestro lado.

Mirándome, preguntó:

—¿Dónde está esa famosa cartera, Finney?

Sonreí, sabiendo que le pegaba una patada en la espinilla.

—En la redacción del «Eco de Broadway». ¿Por qué?

Se me acercó levantando los puños, que agitó frente a mis ojos.

—Esto es el colmo, fisgón entremetido. ¡Le juro que pagará esto! ¿Pero qué se ha creído usted?

Le volví la espalda y besé a Doris que soltó una exclamación. Luego nos miramos los tres, y al fin salimos de la casa, no sin que antes, Morrison hubiera telefoneado a una ambulancia para que vinieran a recoger el cadáver de Curtis, y el cuerpo desmadejado y roto de Al Benson.

Éste se salvaría por el momento, pero después iría a la silla eléctrica.

Fue en la carretera, mientras esperábamos la ambulancia cuando Morrison me encaró, diciendo:

—Al parecer, tenía usted razón en todo, Finney.

—Lo sé. Talbot, Curtis y Benson formaban sociedad. Pero Benson, con ayuda de Sharon, decidió quedarse con todo. Empezó a buscar cosas, papeles, fotografías, en fin, todo cuando pudiera comprometerles a los dos, y una vez conseguido esto, empezó a amenazarles, del mismo modo que ellos amenazaban a otras personas.

»Le mataron por lo mismo. Le mató Mike Curtis con la automática de Sharon, del mismo modo como yo había supuesto. Curtis fue también quien mató a Liz Murphy y a Marta Sullivan, y por lo que ya hemos dicho. Ellos dos, fueron los que, haciéndose pasar por policías, raptaron a Doris del hotel “Rossy” —me volví para mirarla—. ¿Cómo fue, querida?

Me sonrió, y allí, delante de todos, estuve a punto de perder la cabeza.

—No lo sé bien —replicó—. Simplemente, que de madrugada me despertó el timbre del teléfono. El encargado del hotel dijo que me buscaba la policía. Me vestí y dije que subieran. Llamaron, abrí la puerta y… Me sacaron de allí diciendo que si hacía o decía algo que pusiera en guardia al encargado, nos matarían a los dos. Me trajeron aquí, Jimmy, y me preguntaron por la cartera que tú tenías. Dije que no sabía nada de eso. Que yo no había visto cartera alguna. Me golpearon, pero no lograron sacarme nada en limpio. Luego mandaron a un tal Delano y a un tal O’Nell a buscarte. He pasado mucho miedo, querido.

La acaricié mirando al teniente Morrison.

—¿Qué hay de Don Sharon, teniente? —pregunté.

—No morirá en
Sing-Sing,
pero tendrá para muchos años de cárcel, Finney.

—De acuerdo, teniente —repliqué—. Mañana le enviaré esa cartera al Precinto.

Nos quedamos mirando los unos a los otros.

En silencio, pensando.

Pero pensando en lo mismo.

A partir de ahora, muchas familias de Nueva York respirarían tranquilas. Muchas mujeres también. Muchas, lanzadas por aquel trío, por caminos escabrosos, ya no tendrían que pensar en nada, como no fuera en ellas mismas.

¿Doris?

Doris y yo. Eso era todo.

La ambulancia estaba allí. Aún esperamos cerca de media hora antes de que se cumplimentaran todos los requisitos. Luego nos fuimos, cada cual por su lado.

Silenciosos los dos, en el «Alfa Romeo», llevé a Doris a nuestro apartamento.

Introduje el llavín en la cerradura, abrí la puerta de un empujón, y aunque un poco tarde, la tomé en brazos y crucé el umbral, cerrando la puerta con el pie.

FIN

John Lack

Los pasatiempos de Ivette





APARECERA LA PROXIMA SEMANA EN ESTA COLECCION

Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.


MINI
libros
Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato
MINILIBROS
serie Oeste
4
ptas.
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Para encontrar la respuesta...

NO

es necesario consultar cien libros

ZAS

tiene cien respuestas





pequeños libros de gran contenido

24 títulos publicados
300 en preparación

Precio
20 ptas.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. A. La Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda, Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Somerúelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 11 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

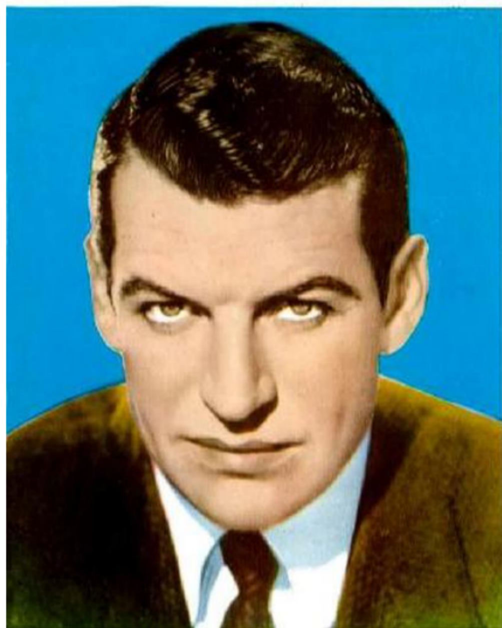
SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espért e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

Richard Egan

Nació el 29 de julio de 1921 en California. Sus más recientes películas son: "Ansiedad trágica", "Matanza en la Quinta Avenida" y "Esther y el rey". De entre las anteriores recordamos "Nuevo amanecer", "Corea, hora 0", "Demetrius y los gladiadores", etc.





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain N.º 1511